

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**MILLONARIA
POR UN DIA**

**Clark
Carrados**





**SERVICIO
SECRETO**



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.892 — Hombre malo, hombre bueno.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.749 — La casa de los mil ojos.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.589 — En la boca del infierno.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
1.030 — Derrota y victoria.
- En Colección BRAVO OESTE:
636 — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
66 — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
1.140 — Se necesita un asesino.
- En Colección COLORADO:
1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

MILLONARIA POR UN DIA

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.757
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Es cierto que tuvo usted relaciones con la banda de Burtney Brook, *el Erizo*?

—¡Nunca, jamás! —protestó con energía la interpelada—. Jamás, repito, he tenido relaciones con elementos del hampa.

—Pero se internó en la clínica del doctor Faggett para una cura de desintoxicación —dijo otro periodista.

La joven, alta, rubia, de formas perfectas y ademanes mesurados, negó con la cabeza.

—Entré allí para una cura de reposo. Quien diga lo contrario, miente, caballero —respondió.

Otro reportero alzó la mano.

—Miller, del *Post* —dijo—. Señorita Van Acklund, ¿por qué ha convocado usted esta conferencia de prensa?

—Para salir al paso de maliciosas especulaciones que me relacionan, como acaba de escuchar, con bandas de delincuentes y tráfico de drogas. Puedo tolerar y aun soportar que especulen con ciertos aspectos de mi vida privada, pero no permitiré que nadie ponga en entredicho mi honorabilidad.

—¿Se considera definitivamente curada? —inquirió otro reportero.

—Esa pregunta debería hacérsela al doctor Faggett. Pero le evitaré el viaje hasta su sanatorio —contestó la joven irónicamente—. Sí, estoy plenamente curada. ¿No ve el aspecto que tengo?

El periodista que había hecho la pregunta silbó estruendosamente. Todos rieron.

Todos, menos uno, que no era periodista y había acudido a la conferencia de prensa, que tenía lugar en la lujosa residencia de la joven la que se había acusado de connivencia con un notorio

hampón. Dudley Clunee se tiraba del labio pensativamente, porque estaba viendo algo que no acababa de encajar en los recuerdos que él tenía de Mildred Van Acklund.

Parecía la misma, pero un oscuro presentimiento le decía que la joven que tenía a pocos pasos de distancia, bajo el pórtico de altas columnas de la casa, no era la auténtica Mildred. En tal caso, ¿por qué la superchería?

Pero, más preocupante todavía: ¿dónde estaba la auténtica Mildred Van Acklund?

—¿Piensa hacer realizar algún crucero por mar en su yate para completar su convalecencia? —preguntó un periodista.

—¿Le gustaría ser invitado? —sonrió la joven.

Sonaron algunas risas más. Un hombre intervino de pronto y levantó una mano:

—Caballeros, la señorita Van Acklund ha dicho ya cuanto tenía que decir. Como han podido comprobar, su estado de salud es excelente y jamás estuvo sometida a una cura de desintoxicación de drogas. Muy pronto reanudará su vida normal, de la que tendrán cumplidas noticias por las revistas que se ocupan de personajes como ella. Eso es todo, muchas gracias.

La reunión empezó a disolverse. La joven y el hombre que había hablado presentado en un principio como George Shadd, secretario personal, entraron en la casa. Clunee, sin dejar de pellizcarse el labio inferior, caminó hacia la salida.

Cuando alcanzaba la salida, encontró la solución.

Chasqueó los dedos.

—¡Claro que no es ella! —murmuró—. Pero ¿por qué la impostura? ¿Qué se traen entre manos Shadd y esa falsaria?

Los reporteros se alejaban en su coche. Clunee había acudido en un taxi y, aunque podía haber pedido a un periodista el favor de llevarle hasta la ciudad, prefirió esperar.

La verja se hallaba separada cincuenta o sesenta metros de la casa. Había un pequeño pabellón para el guarda, pero estaba desierto y no se veía a nadie que cuidase del acceso a la propiedad. Obedeciendo a una súbita inspiración, saltó a un lado y se escondió tras un alto macizo de flores.

Fue un gesto acertado: apenas un segundo más tarde, alguien accionó desde la casa el mando eléctrico y la verja se deslizó por sus

carriles, hasta cerrarse del todo.

Agazapado en su escondite, Clunee esperó.

* * *

—Ha cumplido usted perfectamente, señorita Feyder —dijo Shadd—. En nombre de la señorita Van Acklund, muchísimas gracias.

Carol Feyder sonrió.

—Soy yo quien debe darle las gracias, señor Shadd —contestó, a la vez que guardaba en el bolso el cheque que acababa de entregarle su interlocutor—. Esto me permitirá resolver mi situación durante una buena temporada.

—Encontrará pronto un buen empleo... ¿Por qué no en el cine? Créame, de no haber estado yo en el secreto, habría jurado que era la mismísima Mildred quien atendía a los periodistas.

—Hubo un tiempo en que, efectivamente, deseé convertirme en estrella de cine y hasta hice unos cursos de arte dramático, pero no tuve suerte. En fin, señor Shadd, mejor no hablar de temas poco agradables.

—Sí, es cierto —convino el hombre—. Por cierto, puede usar el coche de Mildred. Ella tiene más y ese descapotable le gustó sólo de primera impresión. A los pocos días, lo desechó...

—Ventajas de tener mucho dinero —rió Carol—. Se lo devolveré en cuanto me sea posible.

—No tenga prisa y procure disfrutar de unas buenas vacaciones.

Carol estrechó la mano de Shadd y descendió la escalinata, para sentarse tras el volante del coche. Dio el contacto, escuchó unos instantes el satisfactorio sonido del motor y luego pisó el acelerador.

Avanzó lentamente hacia la salida. La verja se abrió para dejarle paso. Luego, Carol buscó la ruta de enlace en la carretera que la llevaría a la autopista.

Tenía cinco mil dólares en el bolsillo y un coche. Su ideal era pasar unos cuantos días en una playa solitaria, lejos del bullicio. Luego se esforzaría por buscar un empleo. Tiempo atrás, le habían hablado de una anciana millonaria, que deseaba una señorita de compañía... Quizá se presentase para obtener el puesto...

Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la tapa del maletero se abría poco a poco. Dudley Clunee se esforzó por encontrar la mejor posición para pasar al interior del coche. Frunció el ceño al darse cuenta de que la capota representaba un obstáculo punto menos que insalvable.

De pronto, Carol se dio cuenta de que hacía un día magnífico y era una lástima no disfrutar del sol y del aire mientras viajaba. La capota tenía mecanismos automáticos y presionó la tecla correspondiente, por lo que, inmediatamente, empezó a plegarse hacia atrás.

Clunee había conseguido situarse, haciendo extraordinarios equilibrios, sobre la tapa del portamaletas, cuando vio que la capota empezaba a plegarse. Ello facilitaría su labor de acercamiento a la impostora, se dijo.

La capota quedó al fin en su hueco correspondiente. Clunee se dispuso a pasar al asiento posterior. La conductora no parecía haberse dado cuenta todavía de su presencia.

Entonces, con infinito asombro, vio a un hombre levantarse del hueco que había entre los dos asientos y apuntar con una pistola a la cabeza de la joven.

* * *

El coche rodaba a buena velocidad, no exagerada, sin embargo, ya que el camino era relativamente angosto y trazaba numerosas curvas. Clunee lo ignoraba, pero Carol era una conductora prudente, a la que no gustaba arriesgarse de ninguna manera. Pero sabía que la propia marcha del automóvil iba a facilitar su labor.

Durante un segundo, permaneció atónito, incapaz de comprender lo que sucedía. EL hombre de la pistola se movía lentamente, como si quisiera asegurarse de que no iba a fallar.

Clunee adivinó sus intenciones. Ordenaría, bajo amenazas, a la conductora, a que detuviera el coche. Entonces, impunemente, le pegaría un tiro y...

Sin pensárselo dos veces, saltó hacia adelante y se arrojó contra el pistolero. Éste, sorprendido, emitió un juramento y, para no perder el equilibrio, trató de buscar un asidero, lo que le hizo perder el arma.

Carol, terriblemente sobresaltada, se encontró de repente con que dos hombres se peleaban en el asiento posterior con inaudita ferocidad. Instintivamente, pisó el freno y los con tendientes estuvieron a punto de caer sobre el asiento delantero.

—¡No frene! —gritó Clunee.

El pistolero maldecía profundamente. Carol, desconcertada, no sabía qué hacer. Los dos hombres volvieron a incorporarse, pero, súbitamente, Clunee consiguió colocar un buen derechazo en la mandíbula de su adversario.

El pistolero abrió los brazos y saltó fuera del coche. En aquel momento, pasaban por un puentecillo que salvaba un profundo barranco.

Clunee, fascinado, vio volar al sujeto por los aires, perneando frenéticamente, como si buscara un imposible asidero, hasta estrellarse contra las piedras del fondo, a ocho o diez metros de distancia. Entonces, Carol, desobedeciendo la orden recibida, pisó el freno para detener el automóvil.

Segundos después, parado el coche, se volvió en su asiento.

—¿Puede saberse qué pasa? —preguntó, irritada—. ¿Por qué se han peleado como bestias salvajes en mi coche? ¿Se da cuenta de que ha matado a un hombre?

Clunee se agachó, recogió la pistola, la enseñó a la joven y luego la tiró a un lado, hacía unos espesos matorrales que bordeaban el camino.

—Ese tipo iba a matarla, señorita impostora —contestó Clunee sin alterarse—. Yo lo he evitado, eso es todo.

Carol abrió la boca.

—¿Usted ha impedido que me...?

—En efecto. Usted ha estado haciéndose pasar por Mildred Van Acklund y debo admitir que ha engañado a todo el mundo. Menos a mí, naturalmente.

—¿Por qué? ¿Cómo supo que yo no...?

—Mi nombre es Dudley Clunee —se presentó el joven—. ¿Cómo se llama usted «realmente»?

Ella se mordió los labios.

—Puesto que lo sabe, es inútil negarlo —respondió—. Soy Carol Feyder.

—Celebro conocerla. ¿Me permite que me siente a su lado? Así

podré explicarle cumplidamente cómo he descubierto la impostura.

—Desde luego, aunque debo advertirle que su nombre solamente no me dice nada...

—No tengo méritos para adornarla —sonrió Clunee—. Soy yo, simplemente, lo mismo que usted es Carol Feyder, sin más. Un hombre y una mujer vulgares, como otros muchos. Pero, dígame, ¿ocupó el puesto de Mildred por amor... al arte o por dinero?

—Me pagaron por desempeñar el papel. Ella está curada, pero no quiere entrevistarse con la prensa. Su enfermedad hizo mucho ruido y el médico la ha prescrito una temporada de absoluto aislamiento, a fin de conseguir que su restablecimiento sea total. ¿Estuvo presente en la conferencia de prensa?

—Sí, desde luego.

—Entonces, ya ha oído las preguntas que me hicieron, algunas de ellas, verdaderamente odiosas. Mildred no habría podido soportar un interrogatorio semejante. Si físicamente está bien, le conviene recuperar el pleno equilibrio psíquico y una vuelta a la actividad mundana, por decirlo así, es lo que menos le conviene en estos momentos.

—Eso se lo ha dicho a usted su secretario personal, ¿no?

—George Shadd, en efecto. Me instruyó sobre lo que tenía que decir, aconsejándome que si no conocía la respuesta a alguna pregunta, que dijese «sin comentarios». Pero, en general, creo haber desempeñado bien mi papel.

—Cierto —convino Clunee—. Ninguno de los periodistas supo darse cuenta de la suplantación. Todos se tragaron la bola, como unos benditos.

—Usted, no. ¿Cómo supo que yo no era Mildred?

Mientras charlaban, Carol había puesto el coche nuevamente en movimiento. De súbito, Clunee vio algo que le hizo entrar en sospechas.

—¡Pare, pronto! —exclamó.

Carol, sorprendida, obedeció la orden maquinalmente. Clunee hizo gestos con las manos.

—Pase a mi lado y deje que conduzca yo —pidió.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? —preguntó ella, alarmada.

—Hay un coche aguardando a la salida del camino. Usted ya debería estar muerta. El asesino viajaría en este coche, hasta el otro

que espera a menos de ciento cincuenta metros. Entonces, cambiaría de vehículo y lanzarían éste por un terraplén. Cuando encontrasen su cadáver, ya habría pasado el tiempo suficiente para que se olvidasen de usted y de su impostura.

—¿Es... tá seguro? —preguntó Carol, muy asustada.

—Ahora lo comprobaremos —respondió Clunee, a la vez que soltaba el freno de mano y pisaba el acelerador.

CAPÍTULO II

El coche que aguardaba era de color negro y estaba tripulado por un individuo, en cuyo rostro se formó una expresión de enorme asombro al ver el descapotable desfilarse a toda velocidad, ocupado por dos personas, un hombre y una mujer. Ella debería estar muerta y el hombre que conducía no era precisamente el dueño de la pistola.

Inmediatamente, el sujeto se lanzó en persecución del descapotable. Clunee miró a través del retrovisor y sonrió al comprobar que sus sospechas se habían confirmado.

—El tipo quiere saber por qué no está su compinche al volante de este coche —dijo.

Carol se volvió y lanzó un grito de susto al ver el otro automóvil a unos cien metros de distancia. Pronto tuvo la evidencia de que la escapatoria iba a resultar muy problemática.

—¡Nos está dando alcance! —gritó.

—Lo sé. Este descapotable, mucha fachada, pero poco rendimiento —dijo Clunee sarcásticamente.

—Podemos subir la capota... Algo nos protegerá...

—¿Contra las balas? Ni lo sueñe. Ese tipo querrá completar lo que no pudo hacer su socio y la lona de la capota no es precisamente el blindaje de una tanqueta. Pero hay una forma de espantar ciertos moscones y ahora mismo la va a poder ver usted.

Clunee simuló aflojar un poco la marcha. En aquellos parajes, la carretera discurría por una serie de lomas de baja cota, pero que, no obstante, forzaban a un trayecto con numerosas curvas, aunque de radio muy amplio. Abundaban los árboles en los dos lados del camino y en otro momento, pensó Clunee, habría resultado un placer conducir por aquel tramo de la carretera.

El coche continuó reduciendo su velocidad, mientras que el otro ganaba terreno gradualmente. De pronto, Clunee aceleró a fondo y el automóvil negro quedó descolgado momentáneamente, pero su conductor imitó la maniobra y volvió a acelerar con toda la potencia del motor, reanudando la aproximación al vehículo perseguido.

Súbitamente, Clunee divisó una curva relativamente cerrada a unos cincuenta metros de distancia.

—¡Agárrese, Carol! —gritó.

Inmediatamente, pisó el freno a fondo, a la vez queladeaba el coche hacia la izquierda. El perseguidor, sorprendido cuando ya se disponía a situarse a la altura del otro, tuvo que desviarse a la derecha.

Pero ya entraba en la curva y no tuvo tiempo de ejecutar la maniobra correctora. Lanzado a más de ciento veinte por hora, se salió de la carretera como un obús.

A menos de diez metros, encontró un roble centenario. El choque resultó espantoso y el conductor, convertido en un proyectil, atravesó el parabrisas y fue a parar a más de treinta metros de distancia.

Carol se tapó los ojos para no ver aquel horrible espectáculo. El estruendo del coche en el momento del impacto torturó sus oídos. A su lado, Clunee procuraba mantenerse impassible, aunque sabía interiormente que habían escapado por muy poco a una suerte nada agradable.

Al cabo de unos momentos, consiguió tranquilizarse. Volvió la cabeza y dirigió una mirada a la joven.

—Carol, si no le importa, vamos a un lugar seguro donde no podrán encontrarla quienes desean su muerte —dijo.

Ella asintió en silencio. Clunee comprendió que se sentía demasiado afectada para poder hablar. Pisó el acelerador de nuevo y, ahora con una velocidad mucho más moderada, reanudó la marcha.

* * *

El coche se detuvo al atardecer frente a una cabaña rústica, situada en un lugar encantador, en la ladera de una montaña,

cubierta de pinos y abetos, algunos de los cuales alcanzaban treinta y más metros de altura. Cerca de la cabaña, un arroyuelo saltaba de roca en roca, formando menudas cascadas, que terminaban en un amplio remanso, antes de continuar su curso hacia el pie de las montañas.

Carol miró asombrada a su alrededor.

—Nunca había estado aquí —confesó—. Es un lugar paradisíaco, Dudley.

—Lo es —sonrió él—. Pero, sobre todo, seguro.

—¿Es suya la cabaña?

Clunee hizo un gesto negativo.

—No, pero da lo mismo. No tema alojarse en un lugar que no le pertenece. Si le parece bien, entraré su equipaje.

El joven se apeó y sacó un par de maletas de pequeñas dimensiones.

—De todos modos, ahí dentro encontrará ropas que le sentarán bien —dijo.

—Ropas de mujer, supongo.

—Justamente. También hay algunas mías...

Clunee llegó a la cabaña, sacó una llave y abrió la puerta. Dejó las maletas en el interior y luego se volvió hacia la muchacha.

—Encontrará fácilmente el baño —indicó—. Yo voy a hacer una revisión general de la situación; hace ya algunos meses que no vengo por aquí, aunque parece que todo está en orden. Pero será mejor asegurarse, para evitar sorpresas poco agradables.

Carol recorrió la cabaña, admirándose de la disposición interior y de lo bien equipada que estaba. Fue al baño, se aseó un poco y, cuando salió, se encontró a Clunee arrodillado frente a la chimenea.

—Incluso en pleno verano, las noches son aquí frescas —sonrió el joven—. ¿Qué le ha parecido este palacete?

—He visto un armario con muchas prendas de mujer. Algunas tienen unas iniciales inconfundibles. ¿Debo suponer que...?

—Acierta, Carol. La cabaña pertenece a Mildred Van Acklund.

—Usted ha estado aquí antes, en alguna ocasión... con la propietaria.

—Otro blanco en la diana —rió él. Comprobó que las llamas habían prendido y se puso en pie—. Esta noche, cenaremos conservas. Mañana saldré a pescar unas truchas, temprano,

naturalmente, porque tengo que volver a la ciudad.

—¿Va a dejarme sola aquí? —preguntó ella, aprensivamente.

—Carol, está claro que quieren eliminarla. En modo alguno sospecharán que usted se ha escondido aquí, ¿comprende?

—Eso me hace sentirme más tranquila. Claro que cambiando el panorama de una playa solitaria por la soledad de una montaña.

—No es mal cambio, me parece, sobre todo, si se tiene en cuenta la seguridad. De modo que pensaba irse a una playa solitaria...

—Sí. Pasaría allí un par de semanas y luego tomaría una decisión con respecto a un futuro empleo. Podría, incluso, elegir, puesto que me pagaron cinco mil dólares por sustituir a Mildred. Pero las cosas se han complicado inesperadamente y creo que ésta es la mejor solución.

—No lo dude, Carol —insistió él—. Pero hay algo que tengo que averiguar y lo haré sin tardanza.

—¿De qué se trata, Dy Dudley?

—Me refiero a George Shadd, secretario personal de Mildred. Jamás había oído hablar de él, hasta que le vi en la conferencia de prensa.

—¿Debo deducir que conoce usted a algunas personas de lo que, como se dice actualmente, es el entorno de Mildred?

—En efecto, así es. Bueno, vamos a preparar la cena...

Carol se dio cuenta de que el joven no quería insistir en ciertos detalles y prefirió ser discreta, aunque se sentía devorada por la curiosidad. Sin embargo, no pudo abstenerse de formular una pregunta:

—Dudley, ¿cómo supo usted que yo no era Mildred? Porque Shadd aseguró que el parecido era perfecto y que algunos periodistas me conocían personalmente...

Había una expresión sibilina en el rostro de Clunee al dar su respuesta:

—El parecido era perfecto, desde luego. ¿Cómo lo consiguió?

—Bueno, hay cierta semejanza física entre los dos. Luego, un hábil maquillaje... Antes, naturalmente, Shadd había estado instruyéndome sobre ciertas peculiaridades de Mildred, detalles de su vida... Pero aún no ha contestado a mi pregunta, Dudley.

—Usted levantaba los brazos en ocasiones, para atusarse el pelo con gestos displicentes, ¿no es así?

—Cierto. Me lo aconsejó el propio Shadd. Dijo que Mildred solía hacerlo...

—¿Y no vio él nada extraño durante los... «entrenamientos»?

—No —se sorprendió Carol—. ¿Qué era lo que tenía que ver, Dudley?

—Sin duda, antes de la conferencia, usted llevaba vestidos de manga larga o, por lo menos, que le cubrían la mitad de los brazos.

—Es cierto. Para recibir a los periodistas me aconsejó aquel vestido de amplio escote, con tirantes muy finos, que casi no se veían.

Clunee sonrió, mientras hacía gestos afirmativos con la cabeza.

—Ése fue el error de Shadd, porque, en todo momento, él estuvo a su izquierda y nunca de frente, como lo estaba yo. —Bruscamente, Clunee asió la mano derecha de Carol y levantó su brazo hasta más arriba del hombro—. Ahí, en la parte interior, cerca de la axila, ella tiene una cicatriz de casi cuatro centímetros de largo. Se la causó en estos parajes, hace tiempo, en una caída infortunada, al tratar de agarrarse a las ramas de un arbusto. Una espina le rasgó la piel y dejó una señal que cualquiera podría ver desde cinco o seis pasos de distancia, sobre todo, si se trata de la persona que curó la herida.

—Usted, claro.

—Sí, yo se la curé. Ella podría haber recurrido después a la cirugía estética, pero tiene horror al quirófano. La cicatriz, desde luego, tampoco está en un sitio demasiado visible y creo que casi le curó de su manía de tocarse el pelo casi constantemente. Bueno, Carol, ya hemos hablado bastante; lo mejor será que nos pongamos a cenar. ¿No tiene usted apetito?

Ella sonrió ampliamente.

—Debo confesar que me muero de hambre, Dudley —respondió.

* * *

A pesar de todas sus preocupaciones, Carol durmió profundamente, en un ambiente que jamás había conocido y, precisamente por ello, se despertó mucho más tarde de lo acostumbrado. Cuando abrió los ojos, pudo darse cuenta de que el sol había salido hacía ya mucho rato.

Después de vestirse, salió a la veranda de la cabaña. Entonces

vio a Clunee que regresaba cargado con los trebejos de pesca y una cesta colgada del hombro.

—Ha madrugado usted mucho —observó ella, sonriendo, cuando el joven estuvo a su altura.

Clunee la miró de hito en hito.

—En estos parajes, es un pecado imperdonable no presenciar la salida del sol, al menos, en el buen tiempo —contestó—. ¿Cómo sigue su apetito?

—Excelente. ¿Qué tal ha ido la pesca?

—A veces pienso que sobran la caña, la línea y los anzuelos. Bastaría usar las manos para capturar unas cuantas piezas... — Clunee abrió la tapa de la cesta—. Mire usted misma, Carol.

Ella silbó admirada al ver la media docena de hermosas truchas que había pescado Clunee.

—Deben de estar exquisitas —dijo.

—Dentro de media hora, tendrá ocasión de comprobarlo. Vamos adentro, Carol; después del desayuno, le daré las últimas instrucciones.

Ella le siguió, tan tanto preocupada, pero Clunee no quiso hablar hasta que hubieron despachado parte de las truchas. Luego, sentados aún en la mesa, Clunee volvió a mirarla fijamente:

—Carol, en todo momento debe tener presente que su vida corre peligro —dijo—. Ignoro exactamente los motivos, pero los acontecimientos me han dado la razón y usted lo sabe muy bien. Por tanto, mientras dure mi ausencia, usted procurará no alejarse demasiado de este lugar. No se separe lo suficiente, de modo que pueda perder de vista la cabaña. Insisto en que tengo la plena seguridad de que desconocen su paradero, pero siempre se debe contar con los imprevistos.

—Entiendo —contestó ella, muy seria—. Si viene alguien, ¿qué debo hacer, Dudley?

—Hay un armario, que luego le enseñaré, donde se guardan un par de rifles de caza y un revólver, con municiones. Creo que manejará mejor el revólver, si el posible visitante abrigase intenciones hostiles. Y no tema a las consecuencias: quienquiera que no seamos yo o Mildred, estará siempre en casa y tierras ajenas.

—Comprendo. ¿Algo más?

—Hay libros... Un «Manual de Pesca de la Trucha»... Un aparato

de radio... Por fortuna, no hay televisión... Estaré fuera solo un par de días, de modo que la dieta de conservas no le resultará demasiado perjudicial. Hay también algunos frascos de vitaminas... Tendré que llevarme su coche, desde luego.

—Dudley, si Shadd abrigaba intenciones hostiles contra mí, sabiendo que no he muerto, procurará buscar el coche —adujo Carol lógicamente.

—Lo cambiaré en cuanto me sea posible —respondió Clunee—. En fin, creo que no me queda más por decirle, excepto insistir en lo de la prudencia.

—No lo olvidaré, se lo aseguro. Y ahora, Dudley, quiero hacerle una pregunta.

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Por qué hace usted todo esto? ¿Qué le ha impulsado a convertirse en un moderno caballero andante, protector de huérfanas desvalidas y debelador de malvados?

Clunee se puso serio súbitamente.

—Es una historia un poco larga de contar, pero que puede resumirse en pocas palabras: el padre de Mildred hizo de mí lo que soy actualmente, pese a la mala fama de que disfrutaba. Nunca agradeceré bastante lo que hizo por mí, Carol.

—Y, aparte de ello, están los sentimientos hacia la hija.

—Sólo queda la amistad.

Carol entendió que el joven no quería seguir hablando de temas personales que le desagradaban profundamente y decidió no hacer más preguntas sobre el tema.

—Así pues, dos días de soledad...

—A cinco millas hacia el sur, está Westbeach Lake —dijo él—. Si no vengo en cuarenta y ocho horas, espere otro tanto. Pasado ese tiempo, vaya al pueblo... y rece por mi alma, Carol. Y tal vez, también, por la de Mildred.

La joven se estremeció. Pensó que Clunee bromeaba, pero al ver la expresión de su rostro, entendió que había recibido una contestación absolutamente seria. Era un asunto muy profundo, se dijo. Y lo era porque había millones en juego.

CAPÍTULO III

Aquella misma tarde, Clunee, tras meditarlo profundamente, se entrevistó con un anciano caballero, de respetable aspecto, llamado Dennis Warburton Rydeman. Era abogado y se había retirado hacía muy pocos meses, por lo que al joven no le resultó difícil hallarlo en su domicilio.

Rydeman le recibió en su lujosa biblioteca, donde solía pasar bastantes horas del día, dedicado a la redacción de sus memorias. El joven no quiso perder demasiado tiempo en preámbulos y le formuló muy pronto una pregunta directa:

—¿Por qué dejó usted de administrar los asuntos de Mildred Van Acklund?

—Me lo pidió ella directamente. No podía oponerme a su voluntad. Es ya mayor de edad y estaba en su derecho al revelarme de mis funciones.

—Entonces, le retiró todos los poderes que usted tenía...

—Exactamente, Dudley.

—¿Estaban los dos solos cuando ella se lo pidió?

—Sí, aunque pude saber el nombre de su nuevo abogado. Un tal George Shadd, que me resultó completamente desconocido, si bien más tarde pude enterarme de algunos detalles de su vida.

—¿Por ejemplo...?

—Shadd estuvo gobernando durante algún tiempo los negocios de Burtney Brook. Creo que se separaron por divergencias profesionales.

Clunee soltó una risita.

—Me imagino cuáles fueron esas divergencias —manifestó, irónico—. Señor Rydeman, ¿tuvo en algún momento la sensación de que Mildred obraba de forma completamente libre? Para decirlo

con otras palabras: ¿No fue obligada a dar un paso que usted estimó indeseable?

—Sí, tuve esa sensación, pero carecía de pruebas en qué basar mis sospechas... Maldición, Dudley, ¿por qué no estabas aquí, cuando eso sucedió? Tú podías haber tomado el relevo... Incluso podrías haberla convencido de que estaba siguiendo un camino erróneo...

—Lo dudo mucho. Mildred es testaruda como una mula, cuando se empeña en una idea fija. Pero debo admitir que algo podría haber hecho. Sin embargo, esa teoría es insostenible, si se piensa que yo estuve fuera del país durante casi un año, investigando los asuntos de la Neagle Chemical en Dinamarca, por encargo personal del propio padre de Mildred.

—Lo sé, y estoy persuadido de que ese trabajo te impidió volver a tiempo. Pero, en el intervalo, Van Acklund murió...

—¿Seguro que fue a causa del corazón?

Rydeman dudó un instante.

—No hay motivos para pensar en un asesinato —respondió al cabo.

De pronto, Clunee observó cierta inseguridad en la voz del anciano. ¿Le ocultaba algo?, se preguntó.

Un hombre abrió la puerta inesperadamente y dio unos pasos en la estancia antes de percatarse de que Rydeman tenía un visitante.

—Ah, hola, perdona... No sabía que estuvieras ocupado...

Clunee se levantó en el acto y miró al recién llegado, un hombre de unos cuarenta años, alto, bien parecido, pero ya con bolsas bajo los ojos, de mirada crítica y poco acogedora.

—Volveré luego, padre —dijo el sujeto.

—Ya me iba, no se preocupen —sonrió Clunee.

Rydeman alzó una mano.

—Creo que no se conocen —intervino—. Lex Tarryl, mi hijo; Dudley Clunee, un buen amigo —presentó.

Los dos hombres se saludaron con frías inclinaciones de cabeza. Tarryl esbozó una sonrisa.

—No tengan prisa por mí —dijo, a la vez que volvía a salir.

Clunee se giró de nuevo hacia el anciano. Rydeman asintió.

—Es mi hijastro —murmuró—. Me casé por segunda vez, con una mujer algo más joven que yo. Debo admitir que Lex y yo no

hemos congeniado nunca y que no he conseguido hacer de él el hijo que no pude tener en mi primer matrimonio. Ni siquiera quise asociarle a mi bufete cuando terminó la carrera. Oh, Dudley, si tú hubieras estado aquí... todo habría sido tan distinto...

El joven comprendió la pena que afligía a Rydeman y le estrechó la mano afectuosamente.

—Todo se arreglará —dijo, persuasivo—. En cuanto a Lex, ya es mayorcito para desarrollarse por sí mismo, sin ayuda paterna.

Cuando abandonó la estancia, Tarryl aguardaba en el vestíbulo y le dirigió una mirada insolente.

—Usted trabajó en tiempos para el difunto Van Acklund —dijo.

—Todavía sigo haciéndolo, aunque él esté ya bajo tierra —contestó el joven sin amilanarse.

Las cejas de Tarryl se alzaron.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Nada que a usted le interese. Es un asunto exclusivamente entre... el difunto señor Acklund y yo.

—Y la hija de Van Acklund.

—Con la cual no tiene usted ninguna relación, que yo sepa —respondió Clunee rápidamente.

—Está bien. Ahora, dígame de qué ha estado hablando con mi padre...

—Le doy la misma respuesta que antes: no le interesa en absoluto.

—El señor Rydeman es mi padre...

—Perdón, su padraastro. Además, la señora Rydeman falleció hace algunos años, de modo que el parentesco, si existió, ha desaparecido. Y, por último, no tengo costumbre de dar cuenta a desconocidos de mis conversaciones con terceras personas.

—Es usted un tipo impertinente y le doy a dar...

Inesperadamente, Tarryl levantó una mano, pero Clunee fue más rápido y le asestó un seco codazo en el estómago, dejándolo sin respiración.

—Esto confirma mis respuestas —dijo el joven fríamente, a la vez que abrió la puerta.

La actitud de Tarryl le resultó incomprensible, pero lo entendió mejor aquella misma noche, cuando recibió en su apartamento una visita totalmente inesperada.

Clunee leyó la tarjeta de visita que le había entregado su sirvienta y luego miró fijamente al visitante, a quien había visto con toda claridad el día anterior.

—No tenía el gusto de conocerle, señor Shadd, pero celebro que haya venido a verme —dijo—. ¿Puedo conocer el motivo de su visita?

—En efecto. Como habrá podido ver por la tarjeta, soy el secretario personal de *miss* Van Acklund, aunque no se mencione que también desempeño el papel de gerente general. Quiere ello decir que gozo de su entera confianza y que tengo poderes para dirigir sus asuntos y negocios de toda clase.

—Sin duda, ella eligió a un hombre competente en todos los sentidos —manifestó Clunee—. Y dígame, señor Shadd, ¿en qué puedo servirle?

—Tengo entendido que es usted el encargado de dirigir los asuntos de la Neagle Chemical...

—En efecto, así es. Por mandato expreso del difunto señor Van Acklund y mediante los documentos legales pertinentes.

—Lo celebro infinito. En tal caso, le requiero oficialmente para el traspaso de poderes. Puedo hacer esta petición, usted lo sabe muy bien, y a usted no le compete formular la menor objeción, señor Clunee.

—Ninguna, aunque sí debo exponer ciertas condiciones.

—¿De veras? —La sonrisa de Shadd era impertinente—. Dígame, se lo ruego...

—Lo primero de todo, debe presentar un documento oficial firmado por Mildred Van Acklund. En segundo, la ley me permite exigir la presencia física de dicha señorita y oír de sus propios labios la petición de traspaso de poderes, después de lo cual, yo accederé sin trabas de ninguna clase a tal solicitud. ¿Está usted en condiciones de cumplir tales requisitos?

—La presencia de Mildred no es posible. Está en cura de reposo...

—Bien, entonces, aguardaremos su total restablecimiento. Ella no tiene ninguna prisa, ni tampoco ninguno de nosotros dos. Si usted quiere cumplir con la ley, como me sucede a mí, esperemos a

que Mildred esté completamente curada. Y, a propósito, ¿dónde se encuentra ella ahora?

—Perdone —contestó Shadd, desconcertado—. El doctor Faggett recomendó muy especialmente se mantuviera en secreto el lugar donde ella convalece, a fin de evitar recaídas perniciosas.

Clunee estuvo a punto de mencionar la impostura de la que había tomado parte Carol Feyder, pero logró contenerse a tiempo. Puesto que Shadd había sido, a lo que parecía, el principal inspirador de la comedia, no debía dar en modo alguno la sensación de que estaba enterado del fraude.

Sonriendo apaciblemente, dijo:

—Estaré a su entera disposición, cuando el doctor Faggett permita que Mildred reanude su vida normal.

En los ojos de Shadd apareció una chispa de cólera que, adivinó Clunee, encerraba también una buena dosis de decepción. Pero también apreció que era hombre muy capaz de controlar sus propios sentimientos.

Shadd se esforzó por sonreír.

—Nadie más que yo desea cumplir con la ley en todo momento —dijo al cabo—. Tendrá noticias mías, señor Clunee.

—Preferiría tenerlas de Mildred —respondió el joven.

—Las tendrá, en su momento.

Shadd se marchó y Clunee empezó a dar vueltas por la sala, pensando en el próximo paso que debía dar para averiguar el paradero de Mildred Van Acklund.

Pero ¿era cierto que estaba realmente enferma?

Faggett decía que ya había curado y que sólo necesitaba una temporada de convalecencia, para volver a su normal estado de salud.

¿Era cierto?

* * *

La clínica del doctor Faggett, vista desde cierta distancia, le pareció un lugar absolutamente corriente y no precisamente el sitio donde los pacientes ricos podían sanar de sus deficiencias mentales, pagando, además, facturas principescas. El edificio principal era más bien viejo, sin estilo arquitectónico de ninguna clase y los

jardines, aunque cuidados, se adivinaba bien pronto que habían conocido tiempos mucho mejores.

Cinco o seis personas tomaban el sol plácidamente en tumbonas, aunque dos de ellas estaban en sendas sillas de ruedas. La mayoría de las ventanas del edificio, de tres plantas, estaban ocultas por cortinas.

En el centro del jardín había un surtidor que no daba agua. El lugar, en general, parecía más bien deprimente.

Clunee estaba situado en la ladera de una loma, al otro lado del camino que conducía a la clínica, por lo que podía apreciar perfectamente todo lo que sucedía en el jardín, dada su mayor altura con respecto a la tapia que lo bordeaba en todo su perímetro. Allí no se veía enfermero alguno, hombre o mujer, que atendiese a los pacientes.

—¿Qué clase de clínica es ésta? —se preguntó disgustadamente.

Tenía que buscar la forma de abordar a Faggett, a fin de sonsacarle cuanto pudiera acerca de Mildred. Tal vez había estado realmente enferma, pero, en tal caso, ¿por qué una conferencia de prensa que, en su opinión, no tenía objeto alguno?

A Mildred, lo sabía muy bien, le tenían sin cuidado las conveniencias sociales. Por tanto, que dijeran de ella que había estado mezclada en asuntos de drogas o que tenía algo que ver con un notorio hampón, tenía que resultarle indiferente.

Y, sin embargo, había convocado a los periodistas para justificarse de algo que, en circunstancias normales, la habría dejado impasible.

¿Qué objeto tenía aquella poco deseable publicidad?

De pronto, vio un coche que llegaba a la clínica.

Alguien abrió la verja de entrada y el automóvil penetró en el jardín, rodando a marcha lenta hasta detenerse ante la entrada principal del edificio. Clunee había ido provisto de unos prismáticos y los usó para captar la identidad del recién llegado.

Cuando éste se apeaba, un hombre salió de la casa a su encuentro. Debía de ser el doctor Faggett, pero Clunee no se fijó apenas en él, concentrada su atención en el visitante.

Cuando se hubo repuesto de la sorpresa, murmuró:

—Tendré que seguir a Lex Tarryl. Su presencia aquí resulta más que sospechosa.

Tarryl permaneció en la clínica por espacio de media hora, al cabo de cuyo tiempo volvió a salir. Subió a su coche y arrancó en dirección a la verja. Clunee estaba ya prevenido y dio el contacto de su automóvil.

La clínica de Faggett se hallaba en pleno campo, a unas doce millas de la ciudad. Muy pronto se dio cuenta Clunee de que Tarryl no pensaba regresar precisamente a la urbe.

Durante unos minutos, se sintió notablemente perplejo, hasta que, al fin, creyó adivinar la verdad.

—Conque es ahí adonde se dirige —sonrió.

Algunas, aunque no muchas, de las cosas que le parecían extrañas, empezaban a resultar más claras. El rumbo que seguía Tarryl le persuadió que el desmentido de las relaciones de Mildred con El Erizo había tenido una intención claramente exculpatoria de un hecho verídico.

Pero, de repente, se dio cuenta de algo que, abstraído en el seguimiento de Tarryl, le había pasado inadvertido.

Tenía un coche a la zaga y parecía acercársele peligrosamente.

—Cómo me descuide, voy a ser el cazador cazado —se dijo.

CAPÍTULO IV

Era cierto que le seguía un coche y tal vez, pensó, desde el primer momento en que había salido de su casa aquella soleada mañana. De la dirección que llevaba Tarryl estaba ya absolutamente seguro, así que sólo tenía que preocuparse de los sujetos que ocupaban el vehículo perseguidor.

A aquellas horas, el tráfico tenía que ser poco menos que nulo por la carretera que bordeaba el lago que tenía a su vista, ocupando la mayor parte del horizonte. La ruta corría en aquellos momentos por una zona que tenía unos cuarenta metros de altura sobre el nivel de las aguas.

A la derecha, se veían profundos acantilados. Clunee había paseado en barca más de una vez por aquellos parajes, disfrutando de las bellezas del panorama. En cierta ocasión, hizo una excursión que duró casi una semana entera sin desembarcar.

Conocía bien, por tanto, el paisaje. El coche que le seguía podía ir casualmente en la misma dirección, por lo que decidió hacer algunas pruebas para confirmar sus sospechas.

Aceleró y redujo la marcha en varias ocasiones. El otro conductor imitó puntualmente sus mismas maniobras. Ya no había dudas sobre las intenciones de los ocupantes del automóvil.

Eran dos, lo apreció claramente una vez al mirar por el retrovisor y darse cuenta de que el otro coche estaba ya a menos de veinte metros de distancia. Se preguntó qué procedimiento iban a emplear para eliminarle.

Al utilizar de nuevo el retrovisor, vio que el acompañante del conductor sacaba medio cuerpo fuera del coche y le apuntaba con una pistola.

Inmediatamente, empezó a zigzaguear para eludir los disparos,

cuyas primeras detonaciones oyó a los pocos instantes. De pronto, vio que se acercaba a un lugar que le pareció el más apropiado para deshacerse de sus perseguidores.

En aquel punto, la carretera bordeaba un acantilado de más de treinta metros de altura, cuyas paredes caían a pico sobre las aguas del lago. Incluso el punto más saliente rebasaba la vertical de la base. En tiempos, aquellos parajes habían sido utilizados por los cineastas para escenas espectaculares en sus películas de aventuras.

Bruscamente, frenó, a la vez que se ladeaba hacia la izquierda. El conductor del otro coche, sorprendido, trató de evitar la colisión, desviándose hacia la derecha, ya que Clunee le cerraba el paso por el otro lado. Pero llevaba demasiada velocidad y le fue imposible corregir la maniobra de forma eficaz.

La portezuela derecha se abrió, pero ya era tarde. El pistolero saltó al vacío, al mismo tiempo que el coche.

El automóvil pareció volar unos instantes en el aire, antes de iniciar la parábola que le llevó a chocar contra las aguas del lago con una explosión de espumas semejante a la causada por un proyectil de gran calibre. Pistolero y vehículo llegaron al agua al mismo tiempo, si bien el coche tardó algo más en hundirse que el hombre.

Desde el borde del cantil, Clunee contempló satisfecho los anchos círculos de espumas que indicaban el lugar del impacto, y que se disolvían gradualmente en las aguas circundantes. Sin poder contenerse, hizo una mueca.

—¡Buen viaje al infierno, bastardos! —dijo.

Y luego, como ciudadano consciente de sus obligaciones, se dispuso a esperar a la Policía, no sin asegurarse antes de que no había en su coche ningún impacto de bala, lo que habría podido acarrearle complicaciones, que deseaba evitar a toda costa.

Para entretener la espera, sacó los prismáticos y contempló cuidadosamente el barco anclado casi en el centro del lago.

Una canoa se dirigía hacia la nave. Aunque la distancia resultaba excesiva, Clunee estaba seguro de que el ocupante de la lancha no era otro que Lex Tarryl, el hijastro de Rydeman.

Al atardecer, tras una tenaz persecución, Clunee pudo ver que Tarryl entraba en un discreto restaurante. Buscó un lugar para estacionar el coche, se apeó y cruzó la calle. Cuando entró en el local, medio vacío en aquellos momentos, vio que Tarryl había desaparecido.

Durante unos momentos, se sintió desconcertado. Un camarero se le acercó, servicial, y el joven le dijo que esperaba a su esposa y que ya elegirían mesa enseguida.

De pronto, se le ocurrió una idea. Tal como había supuesto, Tarryl estaba en los aseos, pero no lavándose las manos, sino hablando por el teléfono colgado en una de las paredes.

La pequeña pantalla del aparato le ocultó a los ojos de Tarryl. Simulando acercarse a un lavabo, puso las manos bajo el grifo, mientras procuraba escuchar lo que decía el sujeto.

—Ese tipo es un demonio, Norma, díselo así a tu jefe... —decía Tarryl en aquellos instantes—. Consiguió eludir a los dos tipos que iban tras él y que ahora están bajo las aguas del lago... Sí, ya sé que no lo tienes ahora al lado, pero tú conoces su teléfono secreto, así que llámalo y se lo dices... ¿Qué diablos quiere que haga yo? Estoy sudando a chorros por conseguir un imposible... Nadie sabe dónde puede haberse metido... Yo diría que Clunee tiene mucho que ver con su paradero... ¿Cómo has dicho? ¿Westbeach Lake? No, nunca he oído hablar de ese lugar...

El cuerpo de Clunee se atiesó inmediatamente. ¿Por qué tenía que mencionar Tarryl el pueblo que se hallaba relativamente cerca del escondite de Carrol?

La alarma resonó inmediatamente en su cerebro. Muy pocos conocían la existencia de la cabaña, pero había una persona que poseía un magnífico servicio de información: Burney Brook *el Erizo*.

Y Tarryl había estado aquella tarde con Brook... Pero ¿quién diablos era Norma y quién era el jefe de la desconocida mujer?

—¿Un mapa? —dijo Tarryl—. Está bien, lo buscaré y...

Clunee juzgó que ya había oído bastante y se refugió en uno de los cubículos, cerrando la puerta, pero no tanto que le impidiera ver al hijastro de Rydeman.

—Mañana —exclamó Tarryl fatigadamente—. Estoy muerto de cansancio y no tengo ganas de rodar a oscuras por los bosques, para romperme la cara contra un pino. No lo olvides, habla pronto con tu

jefe y ponle en antecedentes.

Tarryl se marchó muy pronto, sin percatarse de que había sido vigilado por Clunee. El joven abandonó su escondite, preguntándose preocupadamente cómo iba a sacar a Carol de la cabaña, sin arriesgar su vida.

Porque de una cosa estaba seguro: Carol había servido a una banda compuesta por tipos sin escrúpulos, que habían planeado un golpe que podía producirles un fabuloso botín, y ahora que sus «servicios» habían concluido, era un elemento del que se podía prescindir sin perjuicios.

—Al contrario, los perjuicios pueden aparecer si continúa con vida —se dijo entre dientes.

Y él estaba dispuesto, tanto a conseguir que Carol continuase viviendo, como a encontrar a Mildred.

Lo primero, sin embargo, era mucho más urgente.

Pero estaba seguro de que muy pronto volverían a encontrarle y que le seguirían implacablemente. Volverían a averiguar el paradero de Carol y...

De pronto, chasquéó los dedos.

—¡Es una solución magnífica! —exclamó, satisfecho de la idea que acababa de ocurrírsele.

Todavía sumida entre las brumas del sueño, Carol creyó oír una musiquilla que no tenía razón de sonar en las inmediaciones de su dormitorio. Pensó primero que seguía soñando, pero, al desvelarse un poco más, se dio cuenta de que las notas de la vieja canción del Oeste eran reales.

Intrigada, saltó de la cama y, envuelta en su bata, salió a la veranda, dispuesta a enterarse de quién era el sujeto madrugador que tocaba *Oh, mi dulce Clementine* en una armónica. Recordando los consejos de Clunee, no olvidó empuñar el revólver que había tenido en todo momento al alcance de la mano.

El melómano estaba sentado en la escalera de la veranda, concentrado, al parecer, en la interpretación de la pieza. Carol, resuelta, levantó la mano armada.

—Le estoy apuntando con un revólver —dijo—. Dése la vuelta muy despacio... ¡Oh! —exclamó, segundos después—. Era usted, Dudley...

—Sigo siéndolo —rió el joven alegremente, a la vez que

guardaba la armónica en su cazadora de cuello de piel—. ¿Qué tal te sientes, preciosa?

Ella parpadeó al verse tratada de modo tan confianzudo, pero se esforzó por sonreír.

—Muy bien, Dudley, magníficamente. He dormido como nunca, he comido por dos... Si sigo mucho tiempo aquí, me pondré como un tonel...

—Tus vacaciones se han terminado ya, Carol. Anda, vamos dentro; haré café, mientras terminas de vestirte.

—¿Nos marchamos?

—Sí, y muy pronto.

—Pero... aún es casi de noche...

—Cuando se tiene prisa, la hora es lo de menos.

Carol intuyó algo grave en la expresión del joven y no quiso insistir. Al terminar de vestirse, salió a la cocina y Clunee le puso en las manos una taza de café.

—Han descubierto el escondite —dijo.

Ella se puso rígida.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió.

—He pateado mucho en estos dos días y he averiguado cosas verdaderamente sorprendentes. Y ello me hace creer, más bien diría estar seguro, que Mildred es objeto de una conspiración de vastos alcances.

—¿De veras?

Clunee hizo un gesto afirmativo.

—Apostaría algo bueno a que quieren desposeerla de su fortuna —manifestó—. Prácticamente, lo tienen todo en sus manos, excepto un pequeño negocio del que no han podido apoderarse.

—Estás muy enterado...

—Por necesidad, Carol. Aunque te sorprendas mucho, Shadd estuvo a verme anteayer, pidiéndome en nombre de Mildred, el traspaso de los poderes que me otorgan el control sobre la Neagle Chemical. Naturalmente, y aunque él alegó obrar en nombre de Mildred y con poderes legales pertinentes, yo me negué a acceder a su petición.

—¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto. En primer lugar, él no mostró ningún documento. En segundo, yo le exigí la presencia física de Mildred.

Quiero oír de sus labios que debo entregarles la compañía y él, si en un principio se mostró conforme, dudo mucho de que esté en condiciones de hacer lo que le pido.

—¿Por qué, Dudley?

—Ahora ya saben que yo no me dejaría engañar por una impostora, y perdona la palabra. Por tanto, tienen que presentarme a la Mildred auténtica, pero ¿accederá ella a sus exigencias?

—Si les ha entregado el control de las restantes empresas, ¿por qué no hacer lo mismo con la Neagle? —preguntó Carol lógicamente.

—La Neagle es un empresa muy pequeña, pero altamente productiva —explicó Clunee—. Poseemos un par de patentes verdaderamente rentables y ella sabe que era uno de los negocios favoritos de su padre. Mildred, pese a todo, le quería mucho y sabe que el difunto Van Acklund jamás habría accedido a vender el negocio, ni siquiera en las más favorables condiciones.

—¿Estás seguro?

—Todo lo razonablemente seguro que se puede estar en un caso donde intervienen factores humanos que, en ocasiones, producen reacciones imprevisibles. Quizá Mildred, si se viese sola, accedería a la venta, pero no lo haría, si yo estuviese presente.

—Dudley, hay algo que no entiendo, y es por qué Mildred tiene que preocuparse de las empresas de su padre. Ya le dan suficiente dinero, y si ahora las ha vendido, reunirá un bonito capital...

—¿Venderías tú algo que vale decenas de millones por un dólar? Carol se quedó cortada.

—¿Crees que es... eso lo que ha sucedido?

—Sí, una venta ficticia, de la que Mildred no verá un solo centavo. Es más, no estoy seguro de que siga viva, después de que hayan concluido todas las operaciones financieras.

—Entonces, yo también...

—Hablando crudamente, tu vida no vale absolutamente nada. Éste es un plan de largos alcances, ideado por no sé quién, muy competente en la materia, sin embargo, pero que no puede considerarse como finalizado, mientras no ocurran dos cosas: el traspaso de la Neagle y la conclusión de las operaciones financieras que no son cosa precisamente de unas pocas horas.

—¿Quieres decir que esta situación puede prolongarse todavía

durante varios días?

—Quizá varias semanas, pero ese plan puede estallar en mil pedazos, si localizamos a Mildred.

—Está secuestrada...

—Presumo que has dicho la frase acertada, Carol. Quizá sea cierto que necesitaba un tratamiento médico, pero alguien aprovechó la ocasión para «ablandarla» y obligarla a que ceda a sus pretensiones.

—Dudley, eres una fuente continua de sorpresas —calificó la joven—. ¿Cómo sabes tanto de los Van Acklund?

Clunee sonrió sibilinamente.

—Te lo contaré en otro momento —dijo—. Ahora tenemos que pensar en la forma mejor de estropearles los planes a esa banda de conspiradores, empezando por preservar tu vida y continuando con el rescate de Mildred.

—No sabes dónde está —alegó ella.

—Tengo una posible pista —dijo Clunee—. Carol, si mal no recuerdo, tú estudiaste arte dramático.

—Sí, pero se ve que Dios no me llamó por ese camino —rió la joven.

—Sin embargo, aprenderías muchas cosas, maquillaje, por ejemplo.

—Claro. ¿No lo demostré cuando pasaba por Mildred?

—Lo hiciste perfectamente. Y, a partir de ahora, vas a pasar por una tal Jenny Pointdexter.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Carol, sorprendida.

—Tú.

—¿Cómo, Dudley? —gritó la joven.

Clunee hizo un ademán.

—Haz tus maletas, te lo explicaré por el camino. —Sonrió desdeñosamente—. Hay un tipo que tiene que buscarte y casi te ha encontrado, pero dijo que anoche no podría venir aquí, puesto que se sentía muy cansado. Tratándose de un asunto de millones, yo me pasaría la noche en vela, sobre un colchón de púas, si fuese preciso.

—Te gusta el dinero, ¿eh? —comentó Carol, maliciosa.

—No en la forma que ellos lo quieren. Pero si yo fuese el otro que acabo de mencionar, tú ya estarías bajo seis palmos de tierra, puedes tenerlo por seguro.

Carol sintió un escalofrío.

—Tan mal está la cosa, ¿eh?

—No te lo puedes figurar.

—Bien, pero ¿cuál es la pista que tienes sobre Mildred?

—¿Has oído hablar alguna vez del Fortune Goddess?

—No. ¿Qué es eso? ¿Un local de diversión...?

—Un casino flotante y allí es donde irá Jenny Pointdexter mañana por la noche, en compañía de su representante artístico. Después de haber ensayado unas cuantas canciones, naturalmente.

Carol sintió que la cabeza le daba vueltas. No conocía las intenciones del joven, pero el instinto le dijo que podía fiarse enteramente de él.

Sonriendo, dijo:

—La verdad, también tomé lecciones de canto, porque creía tener voz suficiente para llegar a ser algo...

Clunee sonrió, a la vez que oprimía su brazo afectuosamente.

—Un día llegarás a ser algo muy grande —vaticinó.

CAPÍTULO V

El sol empezaba a salir cuando abandonaban la cabaña. Tres millas más adelante, ya con plena luz del día, Dudley divisó a lo lejos una nubecilla de polvo.

—Viene alguien —dijo—. Lo mejor será que nos escondamos hasta que hayan pasado los que viajan en ese automóvil.

El coche avistado se hallaba todavía a buena distancia. Clunee encontró una zona herbosa, relativamente despejada, que le permitió salirse de la carretera, para ocultar el automóvil tras unos arbustos muy espesos. Luego se apeó y corrió al borde del camino.

Carol, poseída por la más viva curiosidad, se le unió en el acto. A los pocos minutos, vieron pasar el coche, conducido por un solo hombre.

—Es él —dijo Clunee.

—¿Quién? —preguntó ella, intrigada.

—Lex Tarryl, el hijastro de un hombre bueno y digno de aprecio. Al fin ha conseguido saber dónde podías esconderte y va a buscarte.

—Para matarme —se estremeció Carol.

—No me extrañaría nada. Por dinero, ese repulsivo sujeto es capaz de todo...

—Ahora verá que la cabaña está vacía y que hemos abandonado hace muy poco tiempo. Nos seguirá y puede que nos alcance.

—Indudablemente, pero en los últimos días he aprendido a ser precavido. Aguarda un poco y verás.

Clunee regresó al coche y regresó muy pronto con una bolsa de papel en las manos. Inmediatamente, salió al camino y empezó a esparcir por el centro el contenido de la bolsa, de modo que formase una línea transversal a todo lo ancho de la calzada. Luego, con las manos, cubrió las tachuelas de polvo, con lo que así

resultaban absolutamente invisibles, incluso para quienes conocían su existencia.

Al terminar, se reunió con la muchacha.

—Vámonos —dijo.

Carol le contempló admirada.

—Tienes recursos para todo —sonrió.

—Te dije antes que he aprendido a ser prudente. Llevo otra bolsa de repuesto en el coche; no tengo ganas de continuar eludiendo a tipos que vienen detrás de mí con su automóvil para freírme a tiros.

Momentos después, salían de nuevo al camino. Clunee se sintió tentado de detenerse para comprobar el éxito de su estratagema, pero desechó la idea apenas concebida.

—No, es mejor que sigamos —dijo.

—¿Se le pincharán las cuatro ruedas?

—Seguro, pero, aunque sólo se le pinchen dos, es más que suficiente para que tenga que ir a pie a Westbeach Lake. Son cinco millas, dos horas para un hombre poco acostumbrado a andar. Mientras busca al operario con su camioneta y los neumáticos de repuesto y efectúan el cambio, transcurrirá casi otro tanto de tiempo. Prácticamente, son cuatro horas de ventaja, que él no podrá superar en modo alguno.

—Y eso nos servirá, seguro, para que se pierda nuestra pista.

—Exacto, Carol, por eso mismo lo he hecho.

Ella meneó la cabeza.

—No sé qué me sucede —dijo—. Te he conocido ayer, como quien dice, y ya me he puesto en tus manos, igual que si te conociera de toda la vida. Dudley, ¿qué tienes para inspirar así confianza a la gente?

—Cara de buen chico —rió él—. Pero no sirvió en un caso —añadió, repentinamente serio.

—Te refieres a Mildred, sin duda.

—Es muy testaruda y no acepta fácilmente consejos ajenos.

—Sin embargo, hubo un romance entre los dos...

—Nubes de verano —calificó Clunee—. Unos ramalazos de pasión, pero ella es muy inconstante en ciertos aspectos y yo me convencí pronto de que nuestros caracteres eran tan distintos como el carbón y la nieve. En una pareja, resulta conveniente cierta

diferencia de pensamientos, pero no tanto que resulten absolutamente incompatibles.

—A pesar de todo, sigues queriéndola...

—A ella, no; a la memoria de su padre —contestó el joven rotundamente.

Carol se quedó muy pensativa, preguntándose cuáles podrían ser los motivos de agradecimiento de Clunee hacia un hombre muerto. No se atrevió a preguntarle sobre el particular, pero estaba segura de que algún día se lo contaría todo.

Poco después, avistaron el lago, una enorme lámina de agua espejeante bajo el sol. Había todavía algo de neblina matutina, por lo que no pudieron divisar la orilla opuesta, en donde se hallaban los acantilados por los que se había precipitado al agua un coche con dos hombres, pero sí podían ver, anclado en el centro, un barco que flotaba inmóvil en la superficie.

Clunee lo señaló con una mano.

—Ahí tienes el *Fortuna Goddess* —dijo—. En ese barco, dentro de cuarenta y ocho horas, cantará Jenny Pointdexter, aunque luego no la acepten firmar un contrato.

—No entiendo absolutamente nada, Dudley —manifestó la joven.

—Ya lo entenderás cuando te lo explique de modo práctico —respondió él enigmáticamente.

Una hora más tarde, Clunee dejaba a la joven en su apartamento.

—Yo tengo que salir y puede que no vuelva hasta la noche —declaró—. El frigorífico está provisto de todo, así que no pasarás hambre. Hay libros, radio y televisión, pero convendría que pusieras algunos discos que te suenen apropiados y que empieces a recordar tus tiempos de estudiante de canto.

Carol sonrió.

—Hubiera llegado a ser algo, de haber admitido cierta... «protección» —dijo.

—No te gustó, supongo.

Ella hizo un gesto negativo.

—Duermo bien por las noches, sin problemas con mi conciencia —respondió.

Clunee se sentó frente al anciano abogado y le miró fijamente.

—Señor Rydeman, ¿cuáles son sus relaciones actuales con Lex? —preguntó de sopetón.

Rydeman se agitó incómodo en su gran sillón de orejeras.

—Nunca lo fueron buenas. Mientras su madre vivió, existieron unas relaciones correctas, aunque frías. El, por respeto a ella, se portaba relativamente bien, pero cuando murió, empezó a descarriarse... En fin, ¿para qué te voy a contar? Sabes demasiado que...

—No, no lo sé todo, señor Rydeman —alegó el joven—. Empecemos por el asunto de Mildred. Ella, aunque lo negó, parece que tuvo relaciones con un importante elemento del hampa...

—Lo sé, pero ¿qué podía hacer yo para evitarlo? Es más, al poco tiempo, me desposeyó de todos los poderes, para entregárselos a Shadd.

—Luego, ella fue internada en una clínica, aparentemente para curarse de su adicción a las drogas. ¿Ha sabido algo sobre el particular?

Rydeman negó con un gesto.

—Lo que dijeron los periódicos, simplemente —replicó.

—Y ahora, el director de esa clínica, asegura que Mildred necesita una temporada de absoluto reposo y aislamiento, para terminar su convalecencia.

—Será verdad, supongo.

—Yo no lo creo así. Pienso que está secuestrada.

El anciano dio un respingo.

—¡Secuestrada! —repitió.

—Así como suena. Es más, sospecho que Lex está metido hasta el cuello en este turbio asunto. Para ser sinceros, le diré que lo vi dirigirse al barco casino que Brook tiene anclado en el centro del lago de Halfmoon.

—¿Estás seguro? ¿No te habrás equivocado, Dudley?

—Absolutamente seguro, señor. Siento darle este disgusto, pero no podría ocultárselo.

La cabeza del anciano se dobló sobre su pecho.

—Cuando me casé con su madre, hubo un tiempo que pensé que

Lex podía ser el hijo que no tuve en mi primer matrimonio. Me equivoqué —murmuró con infinita tristeza.

—Lo lamento de veras —dijo Clunee, que apreciaba sinceramente al abogado retirado—. Si consigo poner en claro este asunto, Lex no saldrá muy bien parado.

—Parece ser que es inevitable...

—Pero me interesa mucho más encontrar a Mildred.

Rydeman hizo un gesto con las manos ya sarmentosas.

—No puedo decirte nada, muchacho. Hace tiempo que estoy desconectado de todo.

—Sí, me lo imagino, pero pensé que tal vez usted, podría sonsacar a Lex...

—¿Sonsacar a Lex? —Rydeman sonrió amargamente—. Conseguiría más de una estatua de mármol, Dudley. Prácticamente, no nos dirigimos la palabra, de modo que poco es lo que podría conseguir, suponiendo que él accediese a responder a mis preguntas.

—Inténtelo, se lo ruego.

—Está bien, haré lo que pueda, pero no garantizo...

Clunee se puso en pie.

—Conseguiré encontrar a Mildred —manifestó—. Es más, creo, incluso, tener una pista. Y se refiere a Brook, naturalmente.

—¿El dueño del casino flotante?

—El mismo. Gracias por todo, señor Rydeman —se despidió el joven.

Clunee salió a la calle, un tanto preocupado por algo que había encontrado en su interior y que no le parecía lógico.

Pese a su edad, Rydeman había sido siempre un hombre combativo, de los que luchaban hasta el último cartucho y más si consideraban tener la razón de su parte. Ahora parecía un hombre entregado sin mover un solo dedo, abúlico, indiferente a todo, como si hubiese sido vencido más por los acontecimientos que por la edad, factor este que nunca había tenido importancia en su trabajo.

Meneó la cabeza pesarosamente. Era muy simple: Rydeman tenía ya muchos años y se sentía cansado de todo. Había vivido demasiado y, en sus últimos años, había sufrido graves decepciones, por lo que la suerte de Mildred, parecía lógico, le resultaba absolutamente indiferente.

Antes de regresar a su apartamento, tenía que hacer muchas cosas y se aplicó a ello con resolución.

* * *

Sentíase un poco cansado y consideró que ya había terminado su trabajo, por lo que decidió recompensarse a sí mismo, tomándose una copa en alguna parte. Vio un bar y entró resueltamente, pero, casi en el mismo momento, se percató de que había estado siendo seguido durante la mayor parte del tiempo.

Frente al bar, lo vio a través de los ventanales, se había parado un coche, ocupado por dos tipos de aspecto poco recomendable, pese a la relativa elegancia de sus vestimentas. A fin de confirmar sus sospechas, fue al teléfono situado al fondo, en una pequeña cabina semiesférica, y, a los pocos momentos, vio entrar a uno de sus seguidores.

Era un hombre de mediana estatura, delgado, de cara chupada y mejillas muy pálidas. El sujeto se acercó a la barra y pidió de beber.

Clunee decidió completar su observación y, con aire natural, se dirigió a los lavabos. Podía estar equivocado, pese a todo, se dijo.

Apenas treinta segundos más tarde, vio entrar al sospechoso.

Clunee le miró en silencio, el otro sonrió torvamente y, de pronto, sin previo aviso, sacó una navaja de resorte, que emitió un seco chasquido al abrirse.

—Esto no hará ruido —dijo.

Clunee, ciertamente, no esperaba una acción tan directa, aunque se reprochó a sí mismo el no haber recordado que era un hombre incómodo para alguien y que estorbaba vivo. El instinto, sin embargo, le hizo retroceder, mientras el hampón, enseñando los dientes en una sonrisa de hiena, avanzaba hacia él, con la mano armada ligeramente adelantada.

El joven continuó retrocediendo. De pronto, chocó contra una puerta, que se abrió sin dificultad y comprendió que acababa de penetrar en uno de los cubículos sanitarios. Casi en el mismo instante, el hampón se tiró a fondo.

Clunee reaccionó fulgurantemente. Estaba casi en el fondo del cubículo, pero alargó la mano y apresó la muñeca del otro, ejecutando inmediatamente un poderoso movimiento de torsión en

el miembro del adversario.

La hoja de acero giró diametralmente. Movidó por su propio impulso, el sujeto se clavó la navaja en el pecho hasta la empuñadura, a la vez que, sujeto por el hombro por Clunee, daba media vuelta en redondo.

Los ojos del hampón se desorbitaron espantosamente. Todo su cuerpo se agitó en una horrible convulsión. Clunee, sin embargo, mantuvo la presión, a fin de evitar que el otro le atacase en uno de los últimos espasmos de la agonía.

Pero, a los pocos segundos, las rodillas del sujeto empezaron a doblarse. Clunee lo hizo sentarse en la taza del inodoro, apoyándole la espalda contra la pared cuidadosamente.

Las manos del hampón cayeron lacias a los costados y su cabeza se dobló sobre el pecho. La navaja continuaba clava da en su pecho. Un delgado hilo rojo manchaba la blancura de su camisa.

Clunee sacó un pañuelo y lo usó para abrir y cerrar la puerta.

—Pueden tomarlo como un suicidio —dijo, a la vez que se secaba el abundante sudor que corría por su frente.

Procuró tranquilizarse y se dirigió hacia la calle. El otro tipo continuaba al volante del coche. Clunee se percató de que el hombre evitaba mirarle directamente, a fin de no resultar sospechoso.

—Esperarás mucho rato a tu amiguito —dijo entre dientes, mientras, andando con naturalidad, se dirigía en busca de su coche para iniciar el regreso a su apartamento.

Carol se sintió pasmada al verle llegar cargado de paquetes.

—¿Has encontrado el tesoro de Alí Babá? —preguntó.

—No, pero alguno de los tipos que conozco podría ser uno de los cuarenta ladrones y aun les superaría ampliamente —dijo él riendo—. Y todavía no he acabado; tengo más en el coche y voy a buscarlos inmediatamente.

—Pero ¿por qué? ¿Cuál es el objeto de estas compras...?

—Te voy a transformar, con tu ayuda, naturalmente, en una mujer a la que no reconocería ni su propia madre.

—¿Jenny Pointdexter? —Adivinó ella.

—Exactamente.

Carol levantó los ojos al cielo.

—Debo estar loca para prestarme a hacer una cosa semejante —

suspiró.

—Loca no estás, pero sí condenada a muerte, como yo; y si no solucionamos pronto este asunto, no podremos contárselo un día a nuestros nietos.

—¡Yo no voy a casarme contigo, Dudley Clunee! —protestó ella con gran vehemencia.

—Cada uno encontraremos nuestra pareja algún día, pero ¿no tendremos nietos?

Carol se echó a reír.

—Aunque en otro sentido, me has sorbido el seso por completo —dijo.

CAPÍTULO VI

A las ocho de la noche del día siguiente, Clunee contempló a la muchacha y sonrió, complacido de su obra, en la que ella había tomado parte con entusiasmo y habilidad.

Carol estaba ahora completamente desconocida. Tenía la tez tostada, como si hubiese pasado jornadas enteras tomando el sol, los ojos eran verdes, merced a unas lentillas, apropiadas, sin graduación, y el pelo, negro y liso, caía suelto sobre los hombros, que dejaba al descubierto un escotadísimo vestido de seda amarilla, con una abertura lateral casi hasta la cadera.

El atavío estaba completado a juego por bolso, guantes hasta más arriba del codo y zapatos y medias negras. Después de contemplarla, Clunee meneó la cabeza.

—Jenny Pointdexter, si esto sale bien, me dedicaré a ser tu «manager» y te harás famosa en el mundo entero. Venderás millones de discos...

—Mi profesor de canto dijo un día que yo tenía voz de gato acatarrado —se quejó ella.

—Algunas de las cantantes actuales tienen voces aún peores, pero no discutamos este punto. Es hora ya de acudir al *Fortuna Goddess*. Lo demás, déjalo en mis manos.

Una hora más tarde, se hallaban en el embarcadero que el casino flotante tenía particularmente en el lago. Un botero les preguntó si pensaban dirigirse al *Fortuna Goddess*. Clunee contestó afirmativamente y el hombre les ayudó a pasar a bordo de la lancha.

El barco brillaba espectacularmente en el centro del lago, a un par de millas de la ribera. Casi continuamente, iban y venían lanchas, transportando pasajeros al casino flotante, del que llegaban

los sonos de la orquesta que amenizaba la velada en el lugar correspondiente a la sala de fiestas.

Minutos más tarde, un tripulante les recibió cortésmente en la escala. El barco, una antigua chalana fluvial de grandes dimensiones, adecuadamente transformada, tenía dos cubiertas, en una de las cuales se encontraban el comedor, el bar y la sala de fiestas, donde actuaban las mejores atracciones. En la cubierta superior se encontraban las distintas salas de juego, muy concurridas ya, a juzgar por lo que se veía desde el exterior.

En la borda de la cubierta superior y con grandes letras luminosas, se veía el nombre del barco: *Fortuna Goddess*. Un hombre muy apropiado, para el dueño, se dijo Clunee, mientras, con gesto maquinal, se tocaba una moneda en el bolsillo, como si quisiera llamar a la suerte.

Al pasar a bordo, notó bajo los pies la levísima trepidación de la maquinaria que proporcionaba luz y energía al buque. Cuando el pasaje estaba completo, el capitán hacía levar anclas y el barco iniciaba un lento recorrido por las aguas del lago, un espectáculo realmente agradable en las noches de luna llena.

—Disfrutaremos mucho —vaticinó, mientras ofrecía su mano a la muchacha para entrar en el bar.

—Ojalá sea como dices, Dudley —musitó ella.

—Tú no pierdas los nervios. El resto es para mí —dijo Clunee.

La entrada de los dos causó una gran expectación entre los concurrentes. Todas las miradas se posaron en Carol, increíblemente bella con su nuevo aspecto.

La joven enrojeció.

—Me miran como un bicho raro —dijo en voz baja.

—Te miran como la mujer más hermosa de cuantas hay esta noche a bordo —sonrió él.

Acercándose a la barra, pidieron de beber.

—A la señorita, algo suave —dijo Clunee—. Tiene que preservar su voz.

—Ah —murmuró el barman—. ¿Es cantante?

—Jenny Pointdexter, la voz de la Galaxia —respondió el joven pomposamente—. ¿No la ha oído cantar nunca, amigo? Entonces, cuando vaya al cielo y oiga cantar a los ángeles, se dirá que no merecía la pena el viaje, estando en la Tierra la señorita

Pointdexter.

Clunee había lanzado el anzuelo con el cebo. Ahora, se dijo, sólo faltaría que el pez se sintiera inclinado a picar.

La sirena sonó en aquel instante.

En el puente, muy adelantado de la estructura, se oyó la voz del capitán:

—¡Larguen amarras! ¡Todo listo para zarpar!

* * *

El barco se movía suavemente en unas aguas que parecían de pura plata. Repentinamente, un hombre de acercó a la pareja, situada junto a la borda, contemplando el espectáculo que era el reflejo de la luna en la superficie del lago.

—Tiene forma de una judía y así se le llamó por los primeros exploradores que vinieron a principios del siglo pasado por estas tierras, pero, más tarde, alguien pensó que era un nombre poco romántico y se lo cambiaron por el del actual —explicaba Clunee en aquellos momentos.

—El lago de la Media Luna —sonrió Carol.

—Exactamente: Halfmoon...

—Perdonen —sonó una voz de pronto—. ¿Puedo hablarles un momento?

Clunee y la joven se volvieron en el acto. Delante de ellos, había un hombre de mediana edad, elegantemente vestido, que les contemplaba con la sonrisa en los labios. Había ya canas en sus sienes y tenía un diente de oro, lo que estropeaba un poco su sonrisa, pero, en general, resultaba atractivo. A pesar de la dureza que se apreciaba en sus ojos grises, pensó Clunee.

—¿En qué podemos servirle, señor...?

—Brook, Burtney Brook, propietario del barco —se presentó el sujeto.

—Ella es Jenny Pointdexter, cantante. Yo me llamo Dudley Clunee y soy su representante y «manager» artístico, señor Brook.

En los ojos del sujeto apareció una chispa de sorpresa. Era evidente que no conocía al joven personalmente. Pero Clunee había juzgado mejor no ocultar su auténtica personalidad; esperaba obtener así resultados más positivos que no dando un nombre

imaginario, como era el caso de Carol.

Pero Brook volvió muy pronto a la impasibilidad.

—Celebro infinito conocerles —manifestó—. Y, puesto que he oído decir que la señorita Pointdexter tiene una voz maravillosa, ¿por qué no nos hace una pequeña demostración en la sala de fiestas? Tal vez de ello podría derivarse la discusión de un contrato para actuar en mi barco...

Clunee se encaró con la muchacha.

—¿Qué te parece, Jenny?

Ella hizo un ligero mohín.

—No estaría mal, Dudley —contestó.

—Estaría «muy bien» —aseguró Brook enfáticamente.

En aquel momento, el barco trepitó ligeramente. Brook rió con suavidad.

—No teman —dijo—, no sucede nada de particular. Simplemente, estamos dando media vuelta. Hemos llegado, en el lago, a los límites del otro Estado, en el que, por si no lo sabían, les diré que está prohibido el juego.

—Oh —exclamó Clunee—. En tal caso, si franqueasen la línea, las autoridades del otro Estado podrían arrestarle...

—Confiemos en que la pericia del capitán nos evite pasar por un trance semejante —dijo Brook—. ¿Tienen la bondad de acompañarme?

Clunee volvió a mirar a la joven. «El pez ha picado», pensó.

Momentos después, entraban en la sala. A Clunee no le sorprendió en absoluto ver a Lex Tarryl entre los asistentes.

* * *

Carol no lo hacía mal del todo, se dijo Clunee, mientras, discretamente, se escurría hacia la cubierta, a fin de llevar a cabo el plan ideado. Pero necesitaba mucha práctica, un buen profesor... y una fabulosa campaña de publicidad, para hacer creer a la gente que había nacido una estrella. De otro modo, no pasaría jamás de ser una medianía, si bien muy favorecida por su rostro y su figura.

La cubierta inferior estaba prácticamente desierta. En la superior se arremolinaba la gente, jugando en las distintas mesas. Clunee buscaba, sin embargo, algo más que arriesgar unas monedas a la

ruleta o al «*black-jack*».

El barco regresaba lentamente al punto de partida. Estaría así gran parte de la noche, hasta que empezasen a marcharse los primeros clientes. Podía decirse que la actividad no cesaba sino hasta muy cerca del amanecer.

Muy pronto encontró una escotilla y se hundió en las profundidades del casco. A un tripulante que se encontró, le dijo que era ingeniero y que quería examinar las máquinas por curiosidad profesional.

El hombre le dejó pasar sin dificultad. Clunee, sin embargo, buscaba algo más.

Durante media hora, recorrió todo, sin hallar el menor rastro de la persona a la que buscaba. Pero el barco era demasiado grande y había recovecos de sobra para esconder a Mildred, en el caso, se dijo, que sus sospechas fuesen ciertas.

Sin embargo, ¿en qué otra parte podía estar? La tripulación, o al menos, la inmensa mayoría de sus miembros, debía permanecer al margen del caso, por simple precaución de los conspiradores. Pero algunos sí estarían al corriente del asunto. Y más de un miembro del personal de a bordo, excluyendo «croupiers» y camareros, debían de ser pistoleros de Brook, absolutamente fieles al mismo y, por tanto, capaces de hacer cualquier cosa que éste les ordenase.

«Y de ello ya tengo buenas pruebas», pensó.

Al fin, regresó a la cubierta inferior. De pronto, divisó una estructura a popa en la que no había reparado antes.

Era, sin duda, el acceso a los alojamientos de la tripulación. No creía que Mildred estuviese allí, pero le pareció necesario echar un vistazo.

Siempre con el aire de un pasajero que se sentía un tanto aburrido, caminó hacia aquel lugar y abrió la portezuela, para mirar al interior. Apenas lo había hecho, sintió en la espalda el contacto de algo duro.

—Se siente curioso, ¿eh? —Sonó una voz sarcástica tras él.

—¿Curioso? Oh, no... Simplemente buscaba los aseos...

—Entonces, sígame; yo le indicaré dónde están.

—Perdone, amigo, pero ¿es costumbre en este barco que los guías conduzcan a los ignorantes a punta de pistola?

El sujeto respingó ligeramente, pero volvió a apretar el cañón

del arma contra la espalda de Clunee.

—Camine a su derecha —ordenó.

Clunee obedeció. El otro le empujaba hacia la borda, situada a pocos pasos de distancia. Cuando llegaban allí, Clunee se percató de las intenciones del pistolero.

Estaban en un lugar escasamente iluminado y absolutamente desierto. La música llegaba con notable estruendo de la sala de fiestas. Nadie se percataría de lo sucedido.

Había setenta u ochenta metros de profundidad. ¿Quién encontraría su cadáver?, se preguntó.

Detrás de él, sonó de pronto una ruidosa aspiración. Clunee se imaginó la acción del sujeto y reaccionó con singular rapidez, echándose a un lado.

La pistola pasó por su lado inofensivamente. Al fallar el golpe con el que pensaba privar del sentido a Clunee, el pistolero trastabilló y se venció hacia adelante.

Clunee no le dejó recuperarse. Actuando fulminantemente, se revolvió, dio un paso en sentido lateral y luego agarró al pistolero por el cuello de la chaqueta y los fondillos de los pantalones.

Aprovechó el propio impulso del hampón. Así le resultó más fácil lanzarlo por la borda al agua. El pistolero se hundió, con una explosión de espumas, pero, cuando asomó la cabeza para pedir socorro, su víctima ya no estaba allí.

CAPÍTULO VII

—No he tenido éxito, a lo que parece, salvo en cierto aspecto —dijo Carol, cuando ya regresaba en el coche a la ciudad.

—A ver, cuéntame —pidió el joven—. He estado ocupado todo el rato y no me ha quedado tiempo para presenciar tu actuación.

—Bueno, Brook me dijo que estaba muy bien, que tenía una bonita voz, pero que me faltaban algo... de entrenamiento. ¿Qué te ha dicho a ti?

—Nada. Simplemente, me dijo que ya tenía cubierto el cupo de artistas.

—Para mí, el tipo se olió la verdad de nuestra presencia en el barco, Dudley —manifestó Carol.

—Puede ser que sea cierto, pero sólo respecto a mí. A ti, creo, no te han reconocido.

Ella rió alegremente.

—¡En absoluto! —exclamó—. Es más, he conversado un buen rato con Shadd y ni siquiera ha sabido darse cuenta de quién soy en realidad.

—Es que estás muy bien disfrazada, Carol. Más todavía: a fin de eliminar riesgos, vas a seguir así durante una temporada.

—Pues... no me disgusta el cambio de aspecto, siempre que no sea definitivo.

—Claro, claro, uno está cansado de ver siempre la misma cara, cuando se mira al espejo por las mañanas —dijo Clunee sarcásticamente—. Oye, creo recordar que antes dijiste habías tenido éxito en otros aspectos.

—Oh, no te lo puedes figurar siquiera. Dudley, ¿cuántas proposiciones crees que me han hecho esta noche?

—¿Proposiciones? ¿De qué?

—Hijo, pareces tonto —rió ella nuevamente—. Hubo uno que me propuso tenerme como «fija», con un «salario» mensual de diez mil dólares y todos los gastos pagados: casa, el coche que yo eligiera, un abrigo de pieles... Parecía un príncipe de las Mil y una noches.

—Eres una chica afortunada. ¿Por qué no le diste el sí?

—Soy mujer de principios, Dudley, aunque no te lo creas.

—Comprendo. Bueno, de todos modos, no fuimos allí a obtener un contrato para ti, fuese de la clase que fuese, sino a encontrar a Mildred.

—Y hemos fracasado.

Clunee apretó los labios.

—No se puede decir que hayamos tenido éxito —admitió.

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto, Clunee hizo un vivo gesto con la mano.

—Carol, antes has dicho que has hablado incluso con Shadd y que no ha sabido reconocerte.

—Sí, es cierto. ¿Te he dado alguna idea?

—En cierto modo. Mañana iré a verle...

—¿Mañana? —Ella levantó la muñeca izquierda—. Son más de las tres de la madrugada; Dudley.

—Bueno, luego, o a la tarde. O mañana, lo mismo da. Pero tengo que hablar con él.

—¿Qué le vas a pedir, Dudley?

—No le voy a pedir; le exigiré que me diga dónde está Mildred. Poseo los argumentos suficientes para obligarle a que acceda a esa exigencia.

Carol hizo un gesto de duda.

—Ojalá sea como dices —deseó—. Pero, si no está en el barco, ¿dónde puede estar?

El puño de Clunee golpeó bruscamente el aro del volante del coche.

—¡Y, sin embargo, tengo la plena seguridad de que Mildred está a bordo del Fortune Goddess! —exclamó.

* * *

Una atildada secretaria le informó a mediodía que Shadd estaba

ausente y que no regresaría hasta el día siguiente. Frustrado y desconcertado, Clunee volvió a su coche, sin saber qué hacer ni dónde dirigirse.

Durante unos momentos, permaneció indeciso. De pronto, concibió una idea y, sin pérdida de tiempo, se dispuso a ponerla en práctica.

Media hora más tarde, se hallaba en el sanatorio del doctor Faggett. En el antedespacho, entregó una tarjeta suya a la enfermera recepcionista.

—Deseo ver al doctor —manifestó.

—En estos momentos, se halla ocupado con una visita. Además, no tiene hora concertada, por lo que no sé si podrá recibirle...

—Cuando termine con la visita, dígame que vengo para conocer noticias de «miss» Van Acklund —indicó el joven, seguro de que el nombre citado provocaría la curiosidad de Faggett y le obligaría a recibirle.

La puerta del despacho se abrió a los pocos instantes. Una voz colérica brotó del hueco:

—¡Puede irse al diablo, doctor! ¡Esa factura es un robo y no estoy dispuesto a permitir ese despojo! ¡Si cree que es justo lo que pone ese papel, formule una demanda ante los tribunales, porque de otro modo no pienso pagarle!

La persona enfurecida era una mujer, de unos treinta y cinco años, guapa, de figura arrogante, quien blandía en la mano un papel que había estrujado unos segundos antes, a juzgar por su aspecto. Clunee parpadeó al reconocerla, extrañado de verla en aquel lugar, pero se abstuvo de expresar su sorpresa y hasta procuró desviar el rostro, a fin de que ella no pudiera verle.

Al fin, la mujer, tras añadir unos cuantos violentos apostrofes, rompió el papel en mil pedazos y los arrojó al aire. Luego se marchó, taconeando vivamente, sin reparar siquiera en la presencia del joven.

Unos momentos más tarde, Clunee fue introducido en el despacho de Faggett. El galeno le miró fríamente.

—Tengo entendido que quiere hablarme a propósito de «miss» Van Acklund, señor Clunee —dijo.

—Sí. ¿Dónde está, doctor?

Una sonrisa conmisericordiosa apareció en los delgados labios del

médico, un sujeto alto, casi esquelético, de nariz aguileña y ojos hundidos.

—¿Cree que se lo voy a decir al primero que se presenta? —contestó—. La responsabilidad de la curación de «miss» Van Acklund es enteramente mía y he determinado un tratamiento que ella debe seguir al pie de la letra. Por tanto, quedan excluidas todas las visitas, hasta que considere como definitiva su curación.

Clunee se sintió tentado de seguir hablando, pero, dándose cuenta de que resultaría inútil insistir, decidió abandonar la partida. La suerte le había puesto en las manos una carta que podía serle muy útil, se dijo.

—Está bien, doctor, le ruego me dispense. Muchas gracias, sin embargo, por haber accedido a recibirme. Adiós.

El joven se dispuso a marcharse. Cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, oyó la voz de Faggett:

—¡Aguarde un momento, por favor! Dígame, ¿qué interés tiene usted en ver a «miss» Van Acklund?

Clunee se volvió lentamente.

—¿Interés, ha dicho? ¡Claro que lo tengo, doctor! ¡Ella es la madre de mis dos hijos gemelos!

Faggett abrió la boca estúpidamente. Clunee agregó:

—No sabe cuánto lloran los pobrecitos, llamando constantemente a su madre, sin poder verla, ni recibir las muestras de afecto maternal que tanto necesitan...

Faggett estaba como petrificado ante una noticia que no esperaba en absoluto. Aprovechando su estupefacción, Clunee salió y se dirigió en busca de su coche, para regresar a la ciudad.

* * *

Después de llamar, aguardó unos momentos. Al fin, se abrió la puerta y la mujer le miró críticamente unos segundos.

—Debo ir al oculista —dijo ella por fin—. Tengo la vista mala, porque estoy viendo visiones...

Clunee se echó a reír.

—Soy un ser de carne y hueso, Julia Steiner —declaró—. ¿Puedo pasar?

—Tú serás siempre bien recibido en esta casa —sonrió ella, a la

vez que tiraba de su brazo—. Entra y tomaremos una copa juntos. Tenemos que celebrar este encuentro que me resulta absolutamente inesperado.

—No esperabas verme, ¿eh?

—Te hacía en Europa... Además, hace al menos un par de años que no hemos tenido la menor relación, ni siquiera para felicitarnos las Navidades...

—Las relaciones que hubo entre ambos fueron muy cortas y más bien de pura cortesía, Julia —dijo él.

—Es cierto. Nunca te insinuaste en lo más mínimo...

—Pertenecías a otro hombre. Luego, cuando acabaste con él, nos perdimos de vista y hasta hoy no hemos vuelto a encontrarnos.

—Ni siquiera te tentó la fruta del cercado ajeno —rió Julia, a la vez que le entregaba una copa—. ¿Te has enterado, acaso, de que ahora soy la dueña de mi propio huerto?

—No, no es eso; y no te sientas decepcionada, porque los motivos de mi visita son muy distintos. Por cierto, ¿cómo te marcha el negocio?

—Oh, magníficamente, Dudley. Diríase que nací para esa clase de negocios... Cada día resulta más próspero; tengo más clientes... Estoy pensando en ampliarlo, en un local más grande... ¿Por qué te interesa eso? —se extrañó Julia—. Tú sabes que pude montarlo, gracias a Van Acklund...

Ella se había sentado en un diván, cruzando las piernas, aunque no con aire provocativo. Clunee, en pie, junto al pequeño bar, en el que se apoyaba con el codo izquierdo, la miró pensativamente.

—¿Qué recuerdos guardas de Van Acklund? —preguntó.

—Maravillosos. Fue un buen hombre en toda la extensión de la palabra, aunque, a veces, se le veía amargado por la conducta de su hija. Pero me supongo que tú estás enterado del asunto.

—Sí, desde luego. ¿Se confiaba a ti sobre el particular?

—No era muy explícito, pero algo me decía, en efecto. Además, también tenía otros motivos de preocupación.

—¿Cuáles, por favor?

Julia hizo un gesto ambiguo.

—En esto no sé mucho —respondió—. Pero, en un par de ocasiones, le oí quejarse de Rydeman, su abogado. No sé por qué, nunca me lo explicó, pero sí puedo decirte que tuvieron algunas

discusiones muy violentas. Supongo que el abogado se negaría a acceder a alguna petición de Van Acklund... En fin, lo siento, no puedo decirte más.

—Comprendo. Habrás oído hablar de la enfermedad de Mildred, supongo.

—¿Quién no lo ha leído? —contestó ella riendo—. Mildred es casi noticia permanente... Ahora está convaleciente o algo así, retirada del mundo...

—Por orden del doctor Faggett, el mismo al que has visitado hoy —dijo el joven.

Julia se puso seria súbitamente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Yo estaba allí, aguardando a ser recibido, cuando tú salías, poniéndole verde a causa de una factura. Estabas tan furiosa, que no supiste verme, aunque debo añadir, en honor a la verdad, que procuré no me reconocieras. Quería hablar con Faggett y no deseaba que se enterase de que nos conocemos.

—Eso parece interesante —dijo Julia—. ¿A qué fuiste a ver a ese ladrón de bata blanca, Dudley?

—Primero, dime tú por qué te sentías tan furiosa con él. Luego te lo explicaré todo.

Julia se puso seria de pronto. Levantándose, empezó a dar vueltas por la sala durante unos momentos, antes de detenerse frente al joven y mirarle fijamente.

—Yo tenía una hermana. Se metió en malos pasos y empezó a drogarse. Faggett me aseguró que la curaría. No fue cierto; ella murió a las dos semanas de haberse internado en su clínica. Ahora pretende cobrarme una factura de nada menos que treinta mil dólares. ¿Qué te parece?

—Un robo —contestó Clunee sin pestañear—. ¿De qué murió tu hermana? ¿Te lo dijo Faggett?

—Un ataque cardíaco. No lo creo; fue siempre una mujer fuerte...

—Una persona drogada pierde gran parte de sus facultades físicas, Julia.

—Lo sé, pero la víspera de su muerte, había estado a verla y aprecié un aspecto magnífico en ella, sana, rebosante de alegría... Si padecía del corazón, ¿por qué no lo advirtió a tiempo y puso en

marcha los remedios apropiados? Mi hermana no me dijo nunca que Faggett le hubiera comunicado tal padecimiento, ¿comprendes?

—¿Sospechas que la asesinaron? Y, en tal caso, ¿por qué?

Julia desvió la mirada.

—Ella sabía muchas cosas de Burtney Brook. Había actuado en su casino flotante, ¿comprendes?

—Entonces, la eliminaron con la complicidad de Faggett.

—No me queda la menor duda, pero ¿cómo demostrarlo? Y, además, ese miserable, pretende cobrarme nada menos que treinta mil dólares como honorarios médicos... ¡Por dos semanas de tratamiento!

—No piensas pagarle, naturalmente —sonrió Clunee.

—En absoluto. Que me demande judicialmente, si quiere. Entonces, ya veremos...

De repente, llamaron a la puerta. Julia estaba muy alterada, pero procuró rehacerse y se atusó el pelo maquinalmente.

—Perdona, tengo que abrir —dijo.

—¿Esperas visita? —se sorprendió él. Dejó la copa sobre la mesa y se separó de la barra—. Si es así, me marcharé...

Antes de abrir, cerca de la puerta, Julia se volvió y le dirigió una profunda mirada.

—Dije antes que ahora soy la dueña de mi propio cercado —le recordó.

Clunee sonrió.

—Si no esperas a nadie, despacha pronto —recomendó.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Clunee se apartó a un lado, justo en el momento en que dos hombres, uno de ellos armado con una navaja, irrumpían violentamente en el apartamento.

CAPÍTULO VIII

El tipo de la navaja actuó con sorprendente rapidez. Con la mano izquierda, agarró a Julia por su abundante cabellera negra, a la vez que apoyaba la punta del arma en su cuello. El otro quedó ligeramente rezagado, con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. Ninguno de los dos, sin embargo, se había dado cuenta de la presencia del joven, ya que éste se encontraba cerca de la puerta, pero en el lado opuesto, en el momento de la irrupción de los dos sujetos en la casa.

—Está bien, guapa —dijo el de la navaja—. Te han enviado una factura y te has negado a pagarla. Vamos a ver si ahora repites lo que dijiste esta tarde al doctor Faggett.

—Pagarás, claro —añadió el otro, con perversa sonrisa, a la vez que sacaba un papel del bolsillo—. Rompiste la factura, pero el doctor Faggett ha redactado otra. Firmarás un cheque, supongo.

—O tendrás que ir a Faggett a que te haga la cirugía estética —rió el primero—. También sabe manejar el bisturí, ¿oyes?

—Lo malo es que tú eres un «manazas» —dijo el otro, con aire de fingido pesar—. La cortarías tanto, que ni el mejor médico podría recomponer luego esa carita de ángel.

Julia, aterrada, apenas si acertaba a emitir sonidos inarticulados. Al fin, consiguió hablar:

—No... no tengo aquí el talonario... Está en mi oficina... en la tienda...

—¡Entonces, vamos allá! —exclamó el de la navaja.

Clunee se decidió a actuar. Hasta entonces, los dos matones no habían advertido su presencia y Julia, llena de pánico, no le había mirado siquiera, aterrada por la amenaza que representaba el filo del acero apoyado en su garganta. Bruscamente, Clunee saltó hacia

adelante y agarró con ambas manos el pelo del hombre que sujetaba a Julia.

Era una cabellera rizada, frondosa, de la que su dueño parecía muy orgullosa. Al agarrarla, Clunee notó el tacto grasiento de la brillantina, pero los pelos no resbalaron de sus dedos.

Tiró. Tiró con todas sus fuerzas y el matón lanzó un aullido desgarrador, a la vez que soltaba a Julia.

Ella corrió hacia un rincón. Aprovechando la sorpresa, Clunee volvió a dar otro terrible tirón, haciendo que el tipo se inclinase hacia atrás. Al mismo tiempo, levantaba la rodilla, clavándola en los riñones de su adversario, con un golpe capaz de romperle el espinazo.

El sujeto cayó al suelo, semidesvanecido y casi sin aliento. El otro, estupefacto por la presencia de un hombre al que no suponía allí, parecía indeciso, como si no se atreviese a reaccionar.

Al fin, soltó el papel y llevó la mano al interior de su chaqueta. Clunee, no obstante, se lanzó de nuevo a la carga, convertido en un tornado humano.

Con el hombro derecho, lo lanzó contra la pared, obligándole a abrir los brazos por instinto. Cuando el sujeto rebotó, él lo agarró por el hombro derecho con la mano izquierda, obligándole a girar en redondo.

Antes de que el matón se repusiera, le asió por el pelo y lo empujó hacia adelante, golpeándole el rostro contra la pared.

Se oyó un rugido. El sujeto abrió los brazos y dobló las rodillas. Cuando las apoyaba en el suelo, Clunee levantó el pie derecho y, apoyándolo en el centro de la espalda, volvió a catapultarlo de nuevo contra la pared.

Instantes después, recogía una pistola y la navaja que había servido para amenazar a Julia. Ella continuaba pegada a la pared, con los ojos muy abiertos y las manos en la cara.

—¿Los conocías? —preguntó.

—Son... enfermeros... de la clínica...

—Más que clínica, es una cueva de ladrones —dijo el joven disgustadamente—. Pero los voy a dejar en condiciones de que no vuelvan a molestarte.

Mientras los sujetos se recuperaban, Clunee, por medio de la factura caída en el suelo, encontró un número de teléfono, que

marcó inmediatamente. Esperó unos momentos, hasta que oyó una voz masculina:

—Faggett al habla.

—Doctor, soy el representante personal de la señora Steiner. Hemos recibido su factura. La rechazamos totalmente. Si quiere cobrar, presente una demanda judicial. Sus empleados le explicarán el resto cuando vuelvan a la clínica. Eso es todo.

Al otro lado del hilo, sonó una exclamación de asombro. Clunee colgó y se volvió hacia Julia.

—Arreglado al cincuenta por ciento. Vamos a ver ahora cómo arreglamos lo que resta.

El hombre de la navaja se había puesto en pie, con las manos en los riñones y una expresión de intenso sufrimiento en el rostro. Tranquilamente, sin mostrar apresuramiento, Clunee rompió la factura en mil pedazos y luego la acercó a la boca del sujeto con la mano izquierda.

La derecha empuñaba la pistola de su compañero.

—¡A comer! —ordenó.

La boca del cañón estaba a unos centímetros de su frente. En los ojos del matón apareció el miedo.

Silenciosamente, sin la menor protesta, el sujeto abrió la boca y dejó que le metieran dentro los papeles. Luego empezó a masticar.

El otro se levantaba penosamente, con un pañuelo en la nariz ensangrentada. Clunee los expulsó a patadas del apartamento y luego se acercó al bar.

—Julia, necesitamos una copa —dijo.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Si no hubieras estado tú, habría tenido que pagar... ¿Qué clase de médico es Faggett? ¿Cómo puede tratar así a sus pacientes?

Clunee le entregó un vaso con una buena cantidad de *whisky*.

—No lo sé, pero sí estoy seguro de una cosa: ha tomado parte en la conspiración ideada por unos tipos sin escrúpulos, para apoderarse de la fortuna de Mildred —respondió.

* * *

Estaba contemplando un programa de televisión, cuando oyó el ruido de la puerta que se abría. Carol apagó el aparato y se puso en

pie.

—Has tardado un poco, Dudley —sonrió.

—Tuve trabajo. Hice dos visitas; una a Faggett, pero no dio resultado. La otra, sí, resultó mucho más fructuosa.

Carol aspiró el aire.

—Hueles muy bien —sonrió.

—Ella usa un buen perfume. Es una mujer muy distinguida.

—Bella y elegante, supongo.

—Lo es.

—Y no debo preguntarte cómo se llama, ni qué hace...

Lanzando un suspiro, Clunee se derrumbó sobre el diván y puso los pies en la mesita que había enfrente.

—El nombre es Julia Steiner. Tiene una «boutique» de modas muy elegante, con un gran éxito, y hace un par de años, era la amante de Van Acklund.

—¿Julia era amante de...? —se sorprendió ella—. Nunca me lo habría imaginado...

—¿Es que la conoces? —se sorprendió él.

—Personalmente, no; pero sí su tienda. Lo que sucede es que sus precios resultan prohibitivos para una chica que tiene que ganarse la vida trabajando —sonrió Carol—. Por lo visto, tú sí la conocías bien.

—Desde luego, pero no te imagines cosas que no son ciertas. El trato que hubo entre Julia y yo en tiempos pasados fue breve y distante, pero no hostil. Lo que sucede es que hoy, cuando fui a ver a Faggett, estaba ella en la clínica y sentí la curiosidad por conocer los motivos.

—Creí que habías ido a ver a Shadd —dijo Carol, sorprendida.

—Está fuera de la ciudad. No regresará hasta mañana.

Carol se sentó en una silla e, inclinándose hacia adelante, apoyó la barbilla en las palmas de sus manos.

—A ver, cuéntame...

Clunee habló durante unos minutos. Cuando terminó, Carol, muy pensativa, dijo:

—Eso significa que Faggett forma parte de la banda.

—Necesitaban un médico para justificar sus acciones —contestó el joven.

—Pero, si va a ganar tanto dinero, ¿por qué esforzarse en cobrar

una factura tan pequeña? Comparativamente con la fortuna de Mildred, claro.

—Bueno, todavía no tienen el dinero de Mildred y Faggett debe de ser un hombre muy precavido, quien piensa eso de «más vale pájaro en mano...». ¿Comprendes?

—No cabe duda. Y ella, es decir, Julia, cree que su hermana fue asesinada...

—Matar a una persona en una clínica, con la complicidad de su director, es la cosa más fácil del mundo —dijo Clunee sombríamente.

Callaron un momento. Luego, de pronto, Carol se puso en pie.

—Has llegado y yo te he acosado a preguntas, sin preocuparme siquiera de si querías tomar algo. ¿Qué te apetece, Dudley?

El joven emitió una sonrisa fatigada.

—Gracias, pero lo único que deseo es descansar. Como se decía en las películas antiguas, de episodios, «continuará».

—Mañana.

—Sí, Carol. Buenas noches.

Ella le dirigió una mirada de simpatía.

—Procura dormir bien, Dudley.

Cuando salía del baño, a la mañana siguiente, Carol le dio una noticia:

—Dudley, no es por alarmarte, pero diría que están vigilándote.

Clunee alzó las cejas un instante, pero no tardó en reponerse de la sorpresa.

—Me parece lógico —contestó.

Mientras ella preparaba el desayuno, Clunee fue hacia la ventana y apartó ligeramente los visillos. Frente a la casa, al otro lado de la calle, había estacionado un coche negro, largo, con dos individuos en su interior.

Uno de ellos, de pronto, lanzó una mirada hacia el edificio. A Clunee le pareció vagamente conocido.

—¿Es el tipo que quiso lanzarme al agua, cuando estábamos en el barco? —murmuró.

Lo había visto en el barco, antes del incidente, pero la distancia era ahora excesiva y no podía asegurarlo. Sin embargo, creía lógico que Brook le hiciese vigilar por sus secuaces.

En varias ocasiones, había intentado quitarle de en medio y

siempre habían fracasado. Brook no habría desistido de sus propósitos, aunque sí le parecía posible que buscara una ocasión más conveniente. De todas formas, tenerle bajo vigilancia continua podía darle buenos resultados.

Regresó a la mesa, se sentó frente a Carol y sonrió.

—Sí, me vigilan —dijo.

Ella le miró temerosamente.

—¿Qué piensas hacer, Dudley? —preguntó.

—Primero, iré a ver a Shadd. Luego me desharé de esos dos moscones.

—¿Cómo? —quiso saber la joven.

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo, no te preocupes.

—Y yo aquí, en casa, comida por los nervios todo el día...

—Es el lugar más seguro, Carol. Ellos no te buscan ahora, porque no saben dónde localizarte.

—No estés tan seguro...

—Has desaparecido y ya no se preocupan de ti. Aunque te presentaras en público y denunciases la superchería en la que tomaste parte, ¿quién te iba a creer? No ha habido un solo periodista que sospechase la impostura y lo publicase en su periódico. Por ese lado, pues, están seguros.

Carol se sintió vencida por los argumentos del joven.

—Entonces, debo seguir siendo Jenny Pointdexter...

—La verdad es que estás guapísima —sonrió él.

—Prefiero mi aspecto habitual, Dudley.

—Y yo también.

Clunee apuró la última taza de café y se puso en pie.

—Bueno, el cazador sale en busca de nuevas presas, mientras que la hembra cuida del fuego en la cueva —dijo alegremente.

—No me gusta ese papel —dijo Carol.

—No puedes venir conmigo, lo siento.

—Dudley, hay algo que quiero preguntarte y de lo que todavía no me has hablado.

—¿Sí, pequeña?

—Suponiendo que encuentres a Mildred y arregles todos los desperfectos financieros, ¿qué harás después?

—Bueno, tengo un trabajo, una profesión... Volveré a la normalidad, por supuesto.

—¿Y yo?

—¿Qué sabes hacer?

Carol hizo un gesto de desaliento.

—A decir verdad, bien poca cosa —respondió.

—Bueno, ya te encontraremos algo para que puedas ganarte la vida, sin que tengas que soportar conflictos con tu conciencia.

De pronto, Clunee se inclinó sobre la joven, que todavía permanecía sentada, y la besó en una mejilla.

—Eres una chica encantadora. Encontrarás un buen marido, tendrás dos o tres chiquillos preciosos y serás muy feliz —vaticinó.

Ella arqueó las cejas. Fue a decir algo, pero el joven abrió ya la puerta de la casa y no tuvo tiempo de articular una sola palabra.

Preocupada, se levantó y corrió hacia la ventana. A los pocos momentos, vio salir el coche de Clunee y rodar sin prisas por la avenida. Unos segundos más tarde, el coche de los vigilantes se puso en movimiento también.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Dudley Clunee —dijo la joven fervientemente.

CAPÍTULO IX

La secretaria le hizo pasar al despacho, tras unos minutos de espera. George Shadd, cortés, se puso en pie para recibir al visitante, indicándole un sillón frente a su mesa. Luego vinieron los primeros saludos, fríos, protocolarios.

A continuación, Clunee decidió que debía entrar en materia, sin perder el tiempo en preámbulos.

—¿Dónde está Mildred? —preguntó.

Shadd le dirigió una sonrisa conmisericordiosa.

—¿Sólo para eso quería verme? —dijo—. Podía haberme llamado por teléfono y, de este modo, nos habríamos evitado una entrevista poco agradable.

—Será poco agradable para usted, ya que tiene la conciencia sucia —dijo el joven ásperamente—. Por segunda vez: ¿Dónde está Mildred?

—Lo siento, no puedo decírselo sin consentimiento del doctor Faggett.

—El doctor Faggett, supongo, tampoco querrá decírmelo.

—Pregúnteselo a él en persona. Yo no puedo responder en absoluto de todas las acciones que realice ese médico.

—Y de las suyas, ¿está dispuesto a responder?

Shadd pareció ligeramente sorprendido.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Voy a serle franco —dijo el joven—. Usted vino a reclamarme los documentos de la Neagle Chemical, porque es la única empresa del grupo Van Acklund que no ha pasado aún a sus manos. No se esperaba mi reacción y ahora anda buscando el medio de conseguir lo que desea.

—Es cierto, no tengo por qué negarlo —admitió Shadd sin

pestañear—. Pero eso no va a en contra de la ley...

—Por supuesto. Pero lo que sí va en contra de la ley es tener a Mildred secuestrada, sujeta a Dios sabe qué infernal tratamiento, con objeto de conseguir que firme todo lo que desean, y así apoderarse de su inmensa fortuna, para manejarla a su antojo.

Shadd se echó a reír.

—¡Tiene usted una fantasía digna de un cuento de las Mil y una noches! —contestó—. Usted sospecha que hemos hecho trampas. Bien, ¿quiere examinar toda la documentación? ¿Prefiere que lo hagan otros en quienes pueda confiar mejor que nosotros? Porque, desde luego, estamos dispuestos a someternos a todas las investigaciones necesarias, a fin de probar que en nuestras acciones no ha habido nada ilegal, y que no han existido las maquinaciones fraudulentas de las cuales nos acusa usted.

Clunee se quedó cortado. Shadd hablaba con la absoluta firmeza del que ha actuado honestamente en todo momento, se dijo. Pero ello no podría ser de no estar bien asesorado por alguien que conociese a fondo la forma de hacer trampas legales, sin correr riesgos. «Un buen abogado, aunque él también lo es», pensó.

—Conforme, todo está en orden y correcto —dijo al cabo—. Pero, pese a todo, insisto en ver a Mildred.

—No puede ser —respondió el otro tercamente.

—Perdone un momento. ¿Usted sí puede verla?

—Muy poco tiempo, un par de minutos, a lo sumo, y siempre para hablar de temas que no le causen preocupaciones.

—Bueno, ¿y por qué no puedo hacer yo lo mismo?

—Lo siento. Consulte con el doctor Faggett.

Clunee se dio cuenta de que su interlocutor se escudaba en las decisiones del galeno y que no conseguiría sacarle de su negativa. Hablar con Faggett, pensó, resultaría también inútil.

«Todavía no he tirado mi última estocada», se dijo.

—Bien, pero, insisto: Aunque sea bajo la capa de un dictamen médico, Mildred está secuestrada —exclamó en voz alta.

—¿Puedo saber en qué se basa tan peregrina teoría? —preguntó Shadd irónicamente.

—Ustedes emplearon a una doble para que se hiciera pasar por Mildred, cuando decidió dar una conferencia de prensa.

—¿Una doble? ¿Una impostora?

—Sí. Y luego quisieron asesinarla, para que no hablase...

Shadd volvió a reír.

—Lo he dicho antes: su fantasía es inconmensurable, señor Clunee. Bien, ya hemos hablado bastante. Disculpe, pero tengo trabajo...

El joven se dio cuenta de que estaba ante un muro granítico, sin fisuras, y que le resultaba imposible pasar al otro lado. Shadd era un hombre muy astuto y había evaluado a la perfección todas las posibilidades, por lo que su defensa resultaba infranqueable.

A pesar de todo, insistió para sí en su primera idea, tenía un hábil asesor. ¿Quién podía ser?, se preguntó, desalentado.

Iría a ver a Rydeman nuevamente. El viejo abogado, con su experiencia, sabría aconsejarle.

Shadd le miraba irónicamente. Clunee se dio cuenta de que se sentía vencedor. Ya no tenía nada que hacer allí, admitió.

—De todos modos, no daré un paso para entregar la «Neagle», sin que Mildred me lo pida en persona. Y sabré que es ella y no una impostora, como sucedió en la rueda de prensa.

Aquello pareció preocupar un tanto a Shadd, apreció Clunee, si bien no lo demostró externamente.

Cuando se ponía en pie, alguien abrió la puerta inesperadamente.

—Hola, George. Tengo que decirte algo...

Era una mujer y se interrumpió en el acto al ver que Shadd tenía una visita.

—Disculpa, no sabía que estuvieras ocupado —añadió, algo turbada.

Shadd se puso en pie.

—El señor Clunee ya se iba, Norma —sonrió—. Señor Clunee, ella es Norma Ewell, una eficaz colaboradora mía, de toda mi confianza. Norma, Dudley Clunee.

El joven hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Encantado, señora Ewell —dijo.

—Mucho gusto —respondió ella fríamente.

Era una hermosa mujer, pero ya había pasado de los cuarenta años y los esfuerzos que hacía para conservar su figura saltaban a la vista. Sobre su rostro llevaba una espesa capa de maquillaje que debía de ocultar ya no pocas arrugas.

Pero el aspecto, en general, a primera vista, resultaba muy atractivo.

«Sin embargo, habrá que verla cuando se despierte por las mañanas. Para echar a correr», pensó el joven críticamente.

—Adiós, señor Shadd —se despidió—. Señora...

Cuando salía, tuvo tiempo de oír la voz de Shadd, en tonos nada amables.

—¿Por qué diablos has tenido que venir aquí...?

Clunee cerró la puerta y ya no oyó nada más. Sonriendo, se acercó a la mesa de la secretaria y se sentó negligentemente en un ángulo.

—Tengo que pedirle un favor, encanto —dijo.

Ella alzó las cejas.

—¿De qué clase? —preguntó, suspicaz.

—No tema, no es lo que está pensando... Sólo necesito que me indique la dirección de la dama que acaba de entrar en el despacho de su jefe.

—¿Se refiere a la señora Ewell?

—¿Hay otra?

La secretaria rió suavemente.

—Ignoro dónde vive la señora Ewell, pero si puedo decirle que es la directora de un local llamado La Venus de Oro. No sé más, se lo aseguro.

—Gracias, señorita...

—Pero si puedo añadir una cosa: por muy elegante que vaya ella, yo no pondría los pies en ese sitio por nada del mundo.

Clunee entendió el sentido de la respuesta y sonrió.

—Mil gracias —dijo al marcharse.

Cuando salía a la calle, se preguntó de qué forma podría acceder a Norma Ewell sin despertar sus sospechas, al menos en el primer momento. De pronto, se dio una palmada en la frente.

—¡Qué tonto soy! —exclamó—. ¿No tengo en casa a Jenny Pointdexter?

Satisfecho por haber solucionado aquel problema, volvió al coche y se dispuso a visitar al abogado Rydeman.

El coche en que viajaban los espías, se puso en marcha inmediatamente.

Rydeman meneó la cabeza pesarosamente después de oír al joven el relato de su entrevista con Shadd.

—Poco se puede hacer, en las circunstancias actuales —manifestó el anciano pesarosamente—. Ignoro quién habrá podido asesorar a Shadd, pero no cabe duda de que es una persona de grandes conocimientos jurídicos. Su posición actual es inatacable, lo mismo que la tuya con respecto a la «Neagle».

—Entonces, ¿hemos de resignarnos a que mantengan secuestrada a Mildred hasta que hayan conseguido el control absoluto de las empresas?

—La verdad, yo no encuentro ningún medio legal para obligarles a desistir de sus inicuos proyectos.

—¿Y una declaración pública de ella, retirándoles la confianza?

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? En todo caso, se lo permitirían, una vez consumado el despojo, pero eso llevaría a una serie de pleitos inacabables, que no terminarían bien para Mildred. Tendría que ser ahora, antes de la solución final, y ellos no permiten que salga a la luz pública.

Clunee hizo un gesto de desaliento.

—Pensé que usted podría darme algún consejo...

Rydeman hizo un gesto con las manos.

—Hijo, te he dicho todo cuanto sé —manifestó—. Ésta es la situación y no veo la forma de cambiarla.

—Está bien, seguiré investigando. Esta noche puede que consiga algo positivo.

—¿Sí, Dudley?

—Voy a ir a hablar con cierta dama, «directora» de un local nada honesto. Se llama Norma Ewell y forma parte de la banda.

Clunee no quiso decir que había oído al hijastro de Rydeman hablando por teléfono con aquella mujer, a fin de no aumentar su amargura por el comportamiento de Tarryl.

—Espero conseguir algo positivo —insistió.

—Ojalá tengas suerte, muchacho —deseó Rydeman.

—Por cierto —dijo el joven, cuando ya se disponía a marcharse—, tengo entendido que hace algún tiempo, usted y Van Acklund discutieron fuertemente en un par de ocasiones...

—¿Quién te lo ha dicho? —se sorprendió el anciano.

Clunee sonrió enigmáticamente.

—Una buena amiga —contestó—. ¿Es cierto?

—Van Acklund, a veces, era muy impulsivo y no hacía caso de mis consejos. Ello le costó bastante dinero un par de veces, pero era hombre que sabía rehacerse muy pronto.

—Comprendo. En suma, nada de importancia.

—No, nada de importancia, Dudley.

Clunee hizo un gesto amistoso y se despidió del anciano. Al salir a la calle, vio de nuevo el coche negro.

—Tengo que darles una lección a esos tipos —dijo rabiosamente.

Subió al coche, lo puso en marcha y empezó a dar vueltas sin rumbo por la ciudad. Luego se encaminó hacia el campo abierto.

Repostó gasolina en una estación de servicio situada en las afueras y después tomó la ruta de la cabaña donde había escondido a Carol unos días.

Una hora más tarde, con aire enteramente natural, se detuvo ante la cabaña, se apeó y retiró la llave de contacto. El otro coche no estaba a la vista todavía.

Debajo de cada rueda del suyo, colocó un par de tachuelas. Luego entró en la cabaña y aguardó unos minutos.

Al cabo de un rato, vio asomar cautelosamente a los dos perseguidores. Entonces, con gran sigilo, salió por una ventana trasera y se escondió en el bosque.

Procurando no ser visto, dio un rodeo y encontró muy pronto el otro automóvil. Tal como había supuesto, tenía la llave de contacto. Si no hubiera sido así, sabía hacer un puente para ponerlo en marcha.

—Es lo que harán los otros, cuando se den cuenta de que les he birlado su vehículo —soliloquió—. Al arrancar, se pincharán las cuatro ruedas y...

Satisfecho, conectó la radio. Los sonos de una alegre musiquilla llenaron en el acto el ambiente.

Acompañó a la música, silbando alegremente. Se había deshecho de sus perseguidores, calculó, al menos durante veinticuatro horas.

—Es más que suficiente para lo que quiero hacer —se dijo.

CAPÍTULO X

Maderas oscuras, cristales coloreados, atractivas camareras sirviendo a los clientes masculinos, la mayoría de los cuales estaban acompañados por hermosas mujeres, pero el ambiente del lugar no podía ocultar lo que era realmente el local.

—Un prostíbulo de lujo —murmuró.

—¿Y es aquí donde debo actuar? —Se estremeció Carol, bajo su disfraz de Jenny Pointdexter.

Norma salió al encuentro de la pareja a los pocos momentos.

—¿Puedo serles útiles en algo? —preguntó, extrañada de ver a un hombre acompañado de una hermosa mujer, cuando lo corriente era que todos los visitantes acudieran solos al local.

Clunee recitó la misma mentira que había dicho en el Fortuna Goddess. Norma hizo un gesto de desagrado instantáneamente.

—No necesitamos ninguna atracción —manifestó con sequedad.

—Sentimos habernos equivocado, señora —dijo el joven sin inmutarse—. Pero ya que estamos aquí, ¿le importa que nos sentemos para tomar una copa?

La mujer levantó una mano. Inmediatamente, acudió una camarera.

—¿Señora?

—Anggie, sirve a los señores lo que deseen. Buenas noches —se despidió sin sonreír.

Clunee y la muchacha tomaron asiento.

—Esta vez, has fracasado, Dudley —dijo ella en voz baja.

—No, porque ya estamos aquí y no he tenido necesidad de simular que busco una agradable compañía. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Vendrías en otra ocasión, tú solo?

—Depende.

—Depende, ¿de qué?

—De las ganas de compañía que tuviera, claro.

Carol le miró casi hostilmente. Clunee hizo caso omiso de su enfado.

La camarera trajo las bebidas. A los pocos momentos, Clunee vio que Norma desaparecía tras una puerta oculta por unos espesos cortinajes de color escarlata.

—Quédate aquí —cuchicheó—. Posiblemente, se te acerque algún cliente. Procura entretenerle lo mejor que puedas.

Carol fue a decir algo, pero ya no tuvo tiempo. Con aire natural, Clunee se había levantado y caminaba hacia la puerta utilizada por la dueña del local.

La joven se sintió muy incómoda. «Van a pensar que soy una de... ésas», se dijo. Pero ya no podía echarse atrás y simuló indiferencia ante lo que sucedía a su alrededor.

Mientras, sin hacer ruido, Clunee había abierto la puerta. Norma parecía muy ocupada en el examen de unos papeles y no se dio cuenta de que había alguien más en la estancia, hasta que oyó un ligero carraspeo. Entonces, se volvió con rapidez y miró al joven coléricamente.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a entrar sin mi permiso...?

—Norma, ¿quién es el jefe? ¿Cuál es su teléfono secreto? —preguntó el joven, impasible.

Ella respingó.

—¿Cómo? No entiendo en absoluto...

Clunee hizo un fingido gesto de resignación.

—Lex Tarryl la llamó a usted para decirle que yo era un tipo duro de pelar y que los dos hombres que me seguían estaban en el fondo del lago Halfmoon. Y usted, para expresarlo sin rodeos, está mezclada en el secuestro de Mildred Van Acklund. ¿Lo quiere más claro?

El temor asomó a los ojos de la mujer.

—No sé nada...

Clunee adivinó que Norma era menos dura de lo que parecía y decidió continuar el acoso.

—Vamos, no trate de ocultar la verdad —dijo—. Mildred está secuestrada en alguna parte. Una cuadrilla de tipos desaprensivos, encabezada por su amigo George Shadd, y de la que El Erizo forma

parte importante, quieren quedarse con los bienes de Mildred. Tal vez, cuando hayan completado la operación, busquen la forma menos comprometedora de eliminarla, pero, por ahora, está viva y yo quiero rescatarla antes de que sea demasiado tarde.

—Repito que no sé...

—Norma, sin duda conoce usted la pena que puede sufrir el cómplice de un secuestro —dijo Clunee severamente—. Usted pasa ya de los cuarenta años. ¿Qué aspecto tendrá después de haberse pasado quince o veinte en la cárcel?

La mujer parecía muy nerviosa.

—Yo... yo no puedo decir nada... Es cierto que, en un principio, me convencieron para que...

—¿Para qué la convencieron, Norma?

—Invertí algo de dinero en la «operación», pero no creí que iba a durar tanto. Pensé que sería cosa de pocos días. Mildred firmaría pronto un cheque y todo se habría acabado.

—Y no es así.

Norma bajó la cabeza.

—Las cosas se han complicado más de lo que pensaba. No quiero seguir tomando parte en el asunto. Han ocurrido ya demasiadas muertes, ¿comprende?

—Entonces, sabe dónde está Mildred.

—No, no lo sé con seguridad. Nunca quisieron decírmelo...

—Pero sí sabe quién es el jefe. Se lo oí a Tarryl. Y usted conoce su teléfono secreto.

De pronto, Norma agarró un papel, escribió unos números y se lo entregó al joven.

—Créame, es todo lo que puedo decirle. Por favor, no me pregunte más. Si he de serle sincera, tengo un miedo espantoso.

—¿La han amenazado?

Norma se había levantado al principio y estaba frente al joven. De repente, Clunee vio que los ojos de la mujer parecían ir a salirse de sus órbitas.

En el mismo instante, oyó un apagado chasquido. Norma lanzó un pequeño grito y, abriendo los brazos, retrocedió con violencia, hasta que sus caderas chocaron contra el escritorio. Luego se ladeó a un lado y cayó al suelo, hecha un ovillo, estremeciéndose ligeramente unos momentos, antes de quedarse quieta para siempre.

Clunee se volvió en el acto. Las cortinas que ocultaban la ventana que daba al exterior se agitaban todavía débilmente. Prudente, se abstuvo de asomarse a la ventana, a fin de evitar un posible balazo.

Al cabo de unos minutos, consiguió serenarse. Norma ya no hablaría. El asesino, calculó, había actuado ignorante de su presencia en el despacho. Posiblemente, le había visto, pero ya en el momento de hacer el disparo fatal. Lo cual significaba que Norma había sido condenada a muerte mucho antes de que decidiera su visita.

—¿Por quién? —murmuró.

De pronto, recordó que tenía el teléfono secreto del jefe que había citado Tarryl días atrás.

Era una buena pista, se dijo, mientras, con paso mesurado, buscaba la salida. Nadie parecía haberse percatado de lo ocurrido y el ambiente era plácido y relajado.

Con gran sorpresa, vio que Carol estaba acompañada.

Ella parecía muy satisfecha y reía las cosas que le decía el sujeto que tenía al lado. Clunee se acercó a la mesa.

—Sin duda, estorbo —dijo sonriendo.

El hombre levantó la cabeza.

—No le quepa la menor duda, amigo —contestó.

—Dudley, te presento al señor Karsten —dijo Carol—. Quiere contratarme para que actúe en su local. Señor Karsten, el señor Clunee, él es mi «manager» y tendrá que discutir con él las condiciones del contrato.

Clunee meneó la cabeza.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó—. La señora Ewell y yo ya hemos llegado a un acuerdo... Pero no es nada firme todavía... ¿Por qué no habla con ella, para ver si puede con vencerla de que le ceda a usted el contrato?

Karsten se puso inmediatamente en pie. Era un hombre de unos cuarenta años, recio, fornido, con un par de cicatrices en la cara. Bajo la chaqueta bien cortada, se adivinaba el bulto de un revólver.

—Lo haré ahora mismo —dijo—. Quiero contratar a Jenny Pointdexter y hacer de ella una estrella de renombre mundial...

—Vaya, vaya, la señora Ewell, pese a todo, no está demasiado convencida...

Karsten se marchó. Carol miró intrigada al joven.

—Dudley, ¿qué te propones? —preguntó en voz baja.

—Aguarda un momento, pequeña. Y pase lo que pase, no te alteres ni des muestras de pánico.

—Pues empiezo a tener miedo...

Karsten salió en aquel momento y miró desconcertado a todas partes. Estaba muy pálido y tenía en la mano un pañuelo con el que se había secado sin duda el sudor de la frente.

«Ya lo ha descubierto», pensó Clunee.

Evitó mirar directamente al sujeto, al que sabía en una crítica situación. Por supuesto, era inocente del asesinato, pero no debía de tener la conciencia muy limpia, supuso.

De pronto, vio que Karsten, con gran disimulo, sacaba algo del interior de su chaqueta y lo dejaba dentro de una gran maceta, con una enorme palmera de adorno. Luego, se arregló la chaqueta con aire natural y se acercó a la mesa ocupada por los dos jóvenes.

—Lo siento, pero Norma no quiere ceder el contrato —dijo—. Buenas noches a los dos.

Karsten se marchó precipitadamente. Carol se sentía atónita.

—Pero ¿qué le pasa a ese hombre? —preguntó.

—Ha descubierto el cadáver de la señora Ewell —respondió Clunee.

* * *

Una de las chicas había encontrado al fin el cadáver de Norma y se había organizado el jaleo correspondiente. Mientras se afeitaba, al día siguiente, Clunee rememoró los acontecimientos de la víspera.

Una noche muy agitada, pensó, a la vez que hacía una mueca. La Policía había investigado a todos los asistentes al local. Clunee admitió haber visto en privado a Norma, pero la había dejado viva, se dijo. Y no había sido el único, porque muchos habían entrado y salido del despacho.

El revólver de Karsten había sido hallado. Karsten estaba ahora en la Jefatura de Policía, sometido a un interrogatorio a fondo. Clunee se había enterado de su mala fama por las noticias de la radio. No le acusaban directamente a él, pero sí de haber

encomendado la muerte a algunos de sus secuaces. El informador dijo que Norma y Karsten eran rivales en el negocio, pero que el de Norma resultaba mucho más floreciente.

—Pobre... Puede que cargue con esa muerte, siendo inocente; pero, de todos modos, no tiene las manos limpias...

De pronto, oyó golpes en la puerta del baño.

—Dudley, teléfono —gritó Carol.

—¿Quién? —preguntó él en el mismo tono.

—Una mujer, no sé más.

—Está bien, ya salgo.

Secándose apresuradamente la cara, abandonó el baño y llegó a la sala. Inmediatamente, levantó el teléfono:

—Clunee —dijo.

—Dudley, soy Julia. Tengo algo interesante que decirte. No lo recordé el otro día, porque apenas si había oído hablar de ello. Tú sabes que Van Acklund apenas me hablaba de sus asuntos...

—No lo sé, pero si tú lo dices... —sonrió el joven—. ¿Has descubierto algo importante?

—Bueno, verás... Resulta que, cuando Brook quiso montar el negocio del casino flotante, necesitaba dinero y se lo pidió prestado a Van Acklund. El padre de Mildred se convirtió así en su socio temporal, hasta recobrar el capital invertido. Ciertamente, entonces ignoraba la clase de tipo que es El Erizo; de lo contrario, creo que ni siquiera habría accedido a recibirle.

—Pienso lo mismo que tú, Julia. Bien, ¿qué más?

—Puede decirse que de ahí datan las relaciones de Brook con Mildred, aunque tardaron un poco en llegar a ciertos límites. No sé si hubo o no algo íntimo entre ellos, pero eso es ahora lo de menos, me parece.

—Por supuesto —convino Clunee—. ¿Eso es todo?

—No, hombre, aguarda un poco. Si quería un casino flotante, y es preciso admitir que la idea tuvo éxito, necesitaba también un barco. Lo encontró y tuvo que buscar a un ingeniero que le hiciese las modificaciones correspondientes. Van Acklund lo era, pero no podía perder tiempo ante una mesa de dibujo, trazando planos, aunque sí los supervisó al final e introdujo algunas modificaciones de poca monta.

—Es decir, los planos del barco están en alguna parte —dijo el

joven pensativamente.

—Todavía hay más, Dudley —manifestó Julia con acento de triunfo—. Precisamente, ayer mismo me encontré con Arno Poole, el ingeniero que trazó esos planos y luego dirigió las obras hasta el final, excepto en el aspecto de la decoración. ¿Quieres sus señas?

—¿Crees que resultaría útil, Julia?

—Dudley, yo sé que tú andas buscando a Mildred y que no lo encuentras por ninguna parte. Estuviste merodeando por el Fortuna Goddess y ciertamente sin éxito. Pienso que en un barco, aunque no sea precisamente un trasatlántico, hay muchos recovecos donde se puede esconder a una persona.

—Sí, tienes razón. Bueno, dame la dirección de Poole; ya iré a verle y escuchar lo que tenga que contarme.

Clunee colgó el teléfono poco después. Pensativo, permaneció unos momentos inmóvil, mientras Carol le contemplaba con ojos especulativos.

Al cabo de unos momentos, ella carraspeó.

—El desayuno está listo, Dudley.

Clunee pareció salir de su abstracción y esbozó una sonrisa.

—Creo que tengo que hacer una visita —dijo al cabo.

—Después de llenar el estómago, supongo.

—Claro... Oye, parece como si fuésemos marido y mujer, pero no... ¿eh? Tú ya me entiendes, creo.

Ella le sacó la lengua.

—No te hagas ilusiones —contestó—. Anda, termina de vestirme y luego hablaremos.

Al finalizar el desayuno, Clunee volvió a quedarse en actitud reflexiva.

—No lo entiendo —dijo—. En todo este asunto, tiene que haber alguien que lo dirige concienzudamente, y no es Shadd ni tampoco Brook.

—¿Por qué no? —preguntó Carol.

—Un hombre entendido en leyes, no habría cometido la imprudencia de pedirme sin más la entrega de poderes sobre la Neagle, como lo hizo Shadd. Posiblemente, actuó por iniciativa propia, pero creo que ahí cometió un error.

—Quizá no es abogado —apuntó la muchacha.

—En todo caso, no se puede decir que haya aprovechado mucho

sus estudios de Derecho.

—Indudablemente. Pero ¿no tienes un teléfono secreto?

—Sí, y no contesta.

—¿Cómo?

—He llamado ya varias veces, pero nadie ha dado señales de vida. Tal vez me engañó Norma...

—Es posible. ¿Piensas salir ahora a ver a Poole?

—Claro, no puedo permitirme el lujo de ignorar lo que tenga que decirme sobre el barco.

—Bien, pero entonces, habrás de andarte con cuidado. Tienes dos tipos en la acera de enfrente y yo diría que son los mismos de costumbre. Por lo visto, están dispuestos a no permitir que des un paso sin que ellos lo sepan.

Clunee apretó las mandíbulas. Después de levantarse, fue a la ventana y oteó la calle. Permaneció silencioso unos momentos y luego se volvió hacia la joven.

—Carol, voy a salir, pero necesitaré que me ayudes para eludir la vigilancia de esos tipos —dijo.

—Sí, lo que tú quieras, Dudley —respondió ella.

CAPÍTULO XI

Caminando tranquilamente, Clunee salió de la casa, con un objeto envuelto en un papel de periódico y un cigarrillo apagado en los labios. La avenida estaba prácticamente desierta en aquellos momentos y era la mejor hora, se dijo, para poner en práctica el plan que se le había ocurrido.

Primero caminó unos cincuenta metros a lo largo de su propia acera. Luego cruzó la calle y anduvo en sentido contrario, de modo que pudiera alcanzar al coche de los espías por la zaga.

Carol estaba ya preparada para actuar. Cuando se acercaba al coche, Clunee observó que los dos hampones permanecían inmóviles, como si no hubieran reparado en su presencia. Uno de ellos, al menos, le vigilaba por el retrovisor, pero trataban de dar la sensación de personas que no vigilaban a nadie.

Clunee se detuvo y miró con el rabillo del ojo hacia la casa. Carol había sacado ya el automóvil y rodaba lentamente hacia la acera. Entonces, actuando rápidamente, Clunee desenvolvió el objeto envuelto en el papel y sacó su encendedor.

La botella estaba llena de gasolina del depósito de su propio coche y tenía como mecha un algodón empapado en el combustible. Antes de que los espías pudieran percatarse de sus intenciones, la arrojó con gesto rápido bajo las ruedas del vehículo.

Inmediatamente, echó a correr. Los hampones no se habían percatado aún de lo que sucedía. Clunee oyó el rugido del motor al ponerse en marcha, pero, en el mismo instante, las llamas de la mecha alcanzaron la gasolina de la botella y se produjo una sorda explosión, seguida de un gigantesco fogonazo.

Carol aceleró, Clunee se metió de un salto en el coche, mientras los espías, aterrados, escapaban a todo correr, del infierno de llamas

en que se había convertido su vehículo.

Clunee volvió la cabeza. Uno de ellos blandía el puño en son de amenaza, y se echó a reír.

—Brook se tirará de los pelos cuando tenga que pagar un coche nuevo —exclamó.

El automóvil ardía de punta a rabo. Clunee vivía en una zona relativamente tranquila, nada frecuentada por los taxis. Cuando los vigilantes quisieran encontrar otro coche, ya no podrían seguir su pista.

—Bueno —exclamó, mientras, satisfecho, se arrellenaba en el asiento—, y ahora, a casa de Arno Poole.

—¿Crees que sacarás algo en limpio de esa visita? —preguntó Carol.

—Te lo diré cuándo nos hayamos despedido del ingeniero. No soy vidente, muñeca. Aunque sí puedo adivinar algo que sucederá muy pronto, en el futuro.

—¿Qué es, Dudley?

—Qué será, está mejor dicho. Pero no quiero hablar hasta que llegue el momento apropiado. Entonces, sabrás que...

Clunee se interrumpió maliciosamente. Quería provocar la curiosidad de Carol, pero sin satisfacerla hasta que llegase la ocasión propicia.

* * *

Arno Poole recibió a la pareja con cierto recelo, que tardó algunos momentos en disiparse.

—No me gusta hablar de ese trabajo —manifestó, después de que Clunee hubiera expuesto sus propósitos.

—¿Lo considera deshonroso? —preguntó el joven.

—No me siento orgulloso, precisamente —declaró Poole—. En un principio, creí que Brook quería solamente un hotel flotante: ya sabe, viajes de placer por el lago, convenciones, lunas de miel, bodas de plata y así... Cuando ya estaba a punto de terminar los planos, me enteré de la realidad, pero ya no podía echarme para atrás. Además, Van Acklund me había prometido otros trabajos y pensé que si rechazaba éste, podía perderlos.

—El dinero, a veces, es una maldición, en efecto —dijo Clunee

filosóficamente—. Pero si actuó de buena fe, no tiene nada que reprocharse, señor Poole. Y ahora, ¿puedo hacerle la pregunta que nos ha traído a su casa?

—Desde luego —accedió el ingeniero.

—¿Conserva usted los planos del Fortuna Goddess?

Poole hizo un gesto de asentimiento.

—Vengan a mi estudio, por favor, Clunee y la muchacha siguieron al ingeniero hasta el lugar nombrado, en donde, de una estantería repleta de papeles, Poole extrajo un rollo, que extendió luego sobre la mesa de dibujo.

—¿Qué parte del barco le interesa a usted? —inquirió.

—Todo el barco... como suele decirse, de quilla a perilla, en términos marineros —sonrió Clunee.

Durante un buen rato, Clunee se enfrascó en la observación de los planos, sin que encontrase nada que permitiese confirmar las sospechas que tenía sobre el paradero de Mildred. De pronto, llegó a la bodega y señaló unos compartimientos cuya existencia no le parecía lógica en aquella zona del barco.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Tanques de combustible —respondió Poole—. El barco lo necesita...

—Ya, pero hay uno, sobre todo, que me parece demasiado grande...

Poole se inclinó sobre el plano. Después de mirarlo un poco, se mordió los labios.

—Bueno... Es el retiro particular de Brook...

—¿Cómo? —Respingó el joven.

—Sí. Brook me pidió que habilitara un compartimiento mayor que los demás, en la zona de tanques. No lo decoré yo, pero sé que es un dormitorio completo, con su baño y, por supuesto, mecanismos de renovación y acondicionamiento del ambiente. Decía que, en ocasiones, le convenía estar solo, para concentrarse en los negocios... Señor Clunee, ¿sabe lo que pienso yo de ese «retiro»?

—No, dígamelo, por favor.

—Después de conocer la clase de tipo que es Brook, sospecho que lo tiene para esconder a alguien que pueda ser perseguido por la justicia. O tal vez contrabando... pero lo que menos es un lugar

para... meditar a solas, ¿comprende?

—¿Está señalado el tanque en el interior del barco?

—Sí, con el rótulo de «Tanque Principal Número Uno».

Clunee volvió los ojos hacia la muchacha y cambió con ella una mirada de inteligencia. Carol hizo un leve pestaño de asentimiento, como dando a entender que comprendía los pensamientos del joven.

Sonriendo, Clunee volvió a enrollar los planos.

—Señor Poole, no puede figurarse lo útiles que nos han resultado sus informes. Nunca se lo agradeceremos bastante, créame.

—Si esto les ha servido para algo, me sentiré muy satisfecho —respondió el ingeniero—. Repito: lo hice solamente porque me lo pidió Van Acklund...

Momentos después, Clunee y la joven salían a la calle.

—Bien, Clunee, ahora sólo te falta planear el asalto al barco —dijo—. ¿Cuándo piensas intentarlo?

—¿Qué te parece si antes nos damos una vueltecita por Westbeach Lake? Desde allí se ve bien el barco y la carretera está mucho más transitada. Si nos siguen, pensarán que vamos a la cabaña de Mildred, pero si vamos por el otro lado, pueden sospechar nuestros propósitos y eso no nos conviene en modo alguno.

* * *

Había un café en la orilla del lago y tomaron una mesa, para disfrutar de la mañana soleada y agradable. Clunee tenía unos prismáticos y escrutó el barco durante un buen rato.

—El lunes —dijo al cabo.

—¿El lunes? —repitió Carol.

—Es el día de descanso semanal de la mayoría del personal del Fortuna Goddess. Durante el día, sólo están allí prácticamente los equipos de limpieza, compuestos en su mayor parte por mujeres, pero se retiran al atardecer.

—Y entonces, empiezan a preparar una nueva jornada de «trabajo».

—Al día siguiente, por la mañana. Esa noche, la del lunes,

apenas si quedan tres o cuatro tripulantes de guardia.

—Y ninguno de los matones de Brook.

Clunee se encogió de hombros.

—En todo caso, habrá que correr el riesgo —contestó—. El tumulto de una jornada ordinaria no nos conviene en absoluto.

De pronto, vio una embarcación que se movía lentamente sobre las aguas del lago. Era una lancha rápida que llegó a un punto, señalado con una bandera sobre una boya flotante, pero antes de alcanzarlo, viró en redondo y se alejó a moderada velocidad.

—Es la lancha de la Policía del otro Estado —dijo—. ¿Sabías que la frontera entre los dos Estados pasa por el centro del lago, dividiéndolo en dos mitades casi iguales?

—¡Qué cosas tan raras tiene la geografía! —rió Carol.

—Son cosas de los políticos, más bien. Carol, ¿qué tal nada?

Ella respingó.

—Me defiendo, pero no cuentes en modo alguno para una travesía del lago a nado —respondió.

—Sólo tendrás que nadar un par de cientos de metros. —Clunee sacó un papel y lo estudió unos momentos, antes de continuar—: Las predicciones meteorológicas señalan buen tiempo hasta mediados de la semana próxima y vientos moderados del este. La luna está en menguante y saldrá a las cero horas veintiséis minutos del martes...

Carol se sentía muy sorprendida.

—¿Necesitas conocer el tiempo que hará el martes después de medianoche? —preguntó.

Clunee dobló el papel y lo guardó en su bolsillo.

—Carol —dijo con acento doctoral—, la estrategia moderna incluye el estudio del tiempo cuando se va a realizar una operación. Nosotros no podemos ser menos —concluyó, con un tono que hizo comprender a la joven que Clunee esperaba conseguir el éxito total en el rescate de Mildred.

* * *

Poco después de las once de la noche, en la más completa oscuridad, Clunee empuñó los remos y separó de la orilla el pequeño bote que tenía preparado desde la víspera. Lentamente,

bogó hacia el barco, en el que apenas si se veían unas cuantas luces, que servían más bien para delatar su posición que para iluminar a los clientes que no acudirían aquella noche.

Clunee remaba con el viento a favor. Tanto él como Carol se habían equipado con trajes de goma y aletas, si bien Clunee era portador de una bolsa con determinadas herramientas, que sabía podía necesitar en un momento determinado.

—Pero no has pensado en la retirada —dijo Carol, cuando ya llevaban un buen rato de navegación—. Dejaremos el bote, para llegar al barco nadando... y luego, ¿qué?

Clunee sonrió enigmáticamente.

—Ningún general deja de pensar en una posible retirada, cuando planea una operación —contestó.

—Si tú lo dices... —murmuró ella, escéptica.

Minutos más tarde, tenían ante sí la mole negra del barco.

—Al agua —ordenó Clunee.

Nadando silenciosamente, se acercaron al casino flotante, cuya borda estaba apenas a un metro del agua. Antes de subir a bordo, Clunee ejecutó cierta operación que intrigó no poco a la muchacha.

Primero subió él y luego ayudó a Carol a izarse a bordo. Entonces, se quitaron las aletas. Clunee extrajo una linterna y se dispuso a caminar hasta la proa.

Cuando echaba a andar, oyó el petardeo de una lancha a motor que se acercaba al barco. Clunee se tendió en el suelo de la cubierta y obligó a la muchacha a hacer lo mismo.

Poco más tarde, desembarcaron los ocupantes de la lancha. Uno de ellos se quejó, carraspeando, del relente de la noche.

—Esto me matará...

—De hoy no pasa, hombre —contestó alguien en tono desdeñoso.

—Tenemos que acabarlo hoy —dijo un tercero, evidentemente muy nervioso—. Las cosas se han puesto muy mal ya y si no andamos listos, vamos derechos a la ruina.

Un cuarto individuo se destacó entre las sombras.

—Ya era hora —dijo, impaciente—. Pensé que no iban a venir...

—No podíamos hacerlo a plena luz del día —rezongó el que se quejaba del frío de la noche.

Los cuatro hombres desaparecieron en el interior del barco. Las

luces del salón comedor se encendieron en el acto.

—Vamos, Carol —susurró Clunee.

Agachados, corrieron hacia la proa, en donde el joven repitió la misma operación que a la llegada. Luego señaló una escotilla.

—Por ahí.

La parte de cubierta de proa estaba a oscuras y tuvieron que bajar a tientas, antes de poder encender la linterna. Descendieron a la zona de tanques y, al fin, Clunee se detuvo ante el señalado por el ingeniero.

—Aquí —dijo.

La puerta era de metal y estaba asegurada con un candado. Clunee no se amilanó por ello. Había llevado una sierra para metales y empezó a trabajar sin pérdida de tiempo.

Un cuarto de hora más tarde, abrió la puerta. El lugar era tal como lo había descrito Poole.

Clunee buscó el interruptor de la luz. En la cama, dormía apaciblemente una joven, cuyo rostro mostraba la palidez propia de muchos días de encierro sin ver la luz del sol.

Acercándose al lecho, tocó en el hombro de la durmiente y dijo:

—¡Arriba, Mildred! ¡Ya estás libre!

CAPÍTULO XII

La joven secuestrada estaba muy débil, más por la falta de ejercicio que por deficiencias de alimentación y Carol tuvo que ayudarla a vestirse, mientras Clunee vigilaba en la entrada. Al cabo de unos minutos, oyó la voz de Carol:

—Dudley, estamos listas —anunció.

El joven se volvió. Miró a Mildred. Había lágrimas en los ojos de la secuestrada.

—Dudley, ¿cómo podré pagarte...?

—¿Has firmado papeles?

Ella se pasó una mano por la frente.

—No recuerdo bien... A veces me daban algo en la comida... No perdía el conocimiento por completo, pero me sentía débil, sin voluntad y hacía todo lo que ellos me ordenaban...

—¿Shadd?

—Yo no le conocía... Me lo presentó Faggett cuando tuve que internarme en su clínica... Yo siempre había estado bien; jamás había probado las drogas... pero no sé qué me sucedió... Me puse enferma...

—Estuviste una temporada con Brook, ¿no es cierto?

—Sí, pasé en el barco algunos días... Luego fue cuando me sentí enferma y Burtney me recomendó a Faggett...

Clunee cambió una mirada con la otra joven.

—Fue entonces cuando planearon el despojo —dijo.

—Ya no cabe la menor duda —convino Carol.

—Me llevarás a casa, ¿verdad? —suplicó Mildred—. He permanecido aquí muchos días... No sé cuánto tiempo, he perdido la noción...

Clunee le dio unas cariñosas palmadas en el dorso de la mano.

—Tranquilízate, todo ha pasado ya y estás a salvo —aseguró.

—Me pregunto a quién se le pudo ocurrir este diabólico plan —dijo Carol—. Hay un jefe, pero nadie sabe quién es.

—Yo, sí lo sé —respondió Clunee sorprendentemente.

—Ah, es verdad; olvidaba que tienes su teléfono secreto...

—Por un teléfono no se puede conocer la identidad de una persona, a menos que alguien con autoridad te facilite su dirección. Pero yo no lo he podido conseguir, de modo que he tenido que adivinar su identidad por medio de deducciones.

De pronto, Clunee sacó un papel del bolsillo y se lo enseñó a Mildred.

—¿Recuerdas este número de teléfono? —preguntó.

Mildred lo contempló unos momentos y luego alzó sus ojos hacia el joven.

—Sí. Yo lo utilizaba en ocasiones. Es de...

—Basta, no digas —sonrió el joven.

—Pero, Dudley, tú llamaste en varias ocasiones y él no te contestaba nunca —alegó Carol.

—Lo sé. Norma no tuvo tiempo, sin embargo, de decirme que debían utilizar una contraseña particular, para que el dueño de este teléfono, atendiese a las llamadas. Es un número secreto, pero algunos más lo conocían y el jefe no contestaba en los últimos tiempos, salvo al que hiciese la contraseña convenida de antemano.

—¿Una contraseña por teléfono? —se extrañó Carol.

—Sí. Por ejemplo... tres timbrazos y colgar. Unos segundos de silencio, más timbrazos, en un número acordado... En fin, así, el jefe, sabía que el que le llamaba era de su confianza.

—Un tipo astuto, no cabe duda.

—Ciertamente, pero con una forma de actuar que no logro entender. No debía haberse mezclado en todo esto y, sin embargo, ha dirigido el plan desde el primer momento. —Clunee apretó los labios—. En todo caso —añadió—, ya no podrá decirse que ha triunfado. Vamos, Mildred.

Asiendo el brazo de la joven secuestrada, Clunee se encaminó hacia la escalera. Cuando ponían el pie en el primer peldaño, vieron bajar a dos hombres en sentido contrario.

Brook y Shadd desenfundaron inmediatamente sendas pistolas.

Mildred lanzó un grito de pánico. Carol la apretó contra su

pecho, con gesto protector.

—Van a matarnos... —exclamó Mildred aterrorizada.

—No temas —contradijo Clunee serenamente—. Nadie nos tocará el pelo de la ropa, puedo asegurártelo.

Una sonrisa perversa apareció en los labios de Shadd.

—Está equivocado, Clunee. Ha embarcado subrepticamente, pero ha hecho ya su último viaje en este mundo —dijo.

* * *

Los dos hombres que aguardaban en el salón, se sobresaltaron enormemente al ver llegar a Brook y Shadd, con tres prisioneros, en lugar de uno, como esperaban. Uno de ellos, se hundió en el sillón en que estaba sentado, como si hubiese visto algo terrorífico.

—Hola, señor Rydeman —saludó Clunee con desenvoltura—. ¿Sigue quejándose del relente de la noche?

—¿Qué diablos hacen estos dos aquí? —Gruñó el viejo abogado.

—Han llegado a bordo, no sé cómo, pero ya no saldrán vivos de aquí —gruñó Brook.

Tarryl adelantó el torso.

—¿Y ella? —señaló a Mildred—. Todavía no hemos terminado todas las operaciones financieras...

—Volverá a su encierro —decretó el hampón.

—Y firmará —agregó Shadd—. Yo me encargo de ello.

Sacó un frasquito del bolsillo y lo enseñó en alto.

—Faggett me ha proporcionado más elementos de persuasión —sonrió.

—Droga, ¿eh? —dijo Clunee.

—Pentotal —explicó el sujeto perversamente.

—Sí, forzará a Mildred a hacer todo lo que ustedes quieran. — De pronto, Clunee se encaró con Rydeman—. ¿Por qué lo hizo? — quiso saber.

El puño del abogado golpeó con fuerza el brazo del sillón.

—¿Por qué lo hice? —barbotó—. Maldita sea, Van Acklund me persuadió en cierta ocasión para que comprase ciertas acciones que, según él, prometían grandes beneficios. In vertí prácticamente todo mi capital, sólo para encontrarme, antes de un año, que lo único que tenía era papel para decorar mi despacho. Quedé en la ruina,

¿comprendes?

—Y entonces fue cuando decidió desquitarse —dijo Clunee sin pestañear.

Rydeman señaló a Mildred con gesto colérico.

—¿Qué diablos es esa chica, sino un parásito que no sabe otra cosa que malgastar un dinero que no ha ganado? Nunca le faltó de nada, tuvo todos los caprichos que deseaba...

—Vamos, vamos, señor Rydeman, no nos venga ahora con demagogias. Aunque Mildred hubiera sido una santa, usted habría obrado exactamente lo mismo, con la ayuda de su inapreciable hijastro Lex, cuyas relaciones últimamente, sospecho que sólo eran tensas para la galería. ¿Me equivoco, Lex?

Tarryl emite un bufido despectivo. Clunee meneó la cabeza con aire de pesar.

—Ahora comprendo por qué usted sabía casi siempre lo que iba a hacer yo, señor Rydeman —manifestó—. Claro, le consultaba casi de continuo... Pero no le convenía que yo metiera las narices en sus asuntos. Por cierto, ¿reprendió a Shadd por haberse precipitado al pedir que le entregase la Neagle?

—Ese tipo es un patán. Estuvo a punto de estropearlo todo...

—Lo estropearon entre todos, cuando decidieron que una chica ajena a todo este asunto, fuese millonaria por un día —dijo Clunee—. No contaban con mi presencia en aquella conferencia de prensa, ¿verdad?

—Su hubiera estado yo delante... —rezongó Rydeman.

—Bueno, seguramente, la idea fue suya, de modo que no se queje.

—¡Un momento! —intervino Brook—. Clunee, ¿cómo diablos supo el lugar donde teníamos a Mildred? Ya registró el barco una vez, pero no pudo encontrarlo...

—Arno Poole me enseñó los planos del barco —sonrió el joven—. Así supe de la existencia de un lugar donde usted se retirara a... «meditar». Seguramente, lo instaló para esconder a algún amigo en dificultades con la justicia, para contrabando...

—Debimos haber liquidado a Poole —dijo Brook rabiosamente—. Pero no todo se ha echado a perder aún.

De nuevo volvió Rydeman a levantar el brazo.

—¡Burtney, mátalos, mátalos! —dijo, con salvaje acento de odio.

Los años y las frustraciones habían hecho perder a Rydeman el sentido de la medida, pensó Clunee. Repentinamente, en un arranque por completo inesperado, Mildred se arrojó contra Brook.

—Maldito... tú me engañaste... Has arruinado mi vida... mi salud...

Brook, sorprendido, trató de eludir los arañazos que ella le dirigía al rostro. Movi6 las manos, olvidado por un momento de que tenía el revólver en la derecha.

Mildred parecía haber enloquecido y acosaba continuamente a Brook, ajena por completo a su revólver. Clunee se dispuso a intervenir, pero Shadd le cerró el paso, poniéndole el cañón de su pistola en el est6mago.

—¡Quieto! —ordenó—. ¡Lex, ayúdale, por todos los diablos!

Tarryl empezó a moverse. En aquel momento, Brook hizo un violento ademán, para deshacerse de Mildred, pero fue un gesto instintivo sin darse cuenta de que tenía el arma en la mano. Inesperadamente, sonó un estampido.

Rydeman se agitó un poco en su butaca, pero nadie pareció darse cuenta de ello. Al fin, entre Brook y Tarryl consiguieron apartar a Mildred, lanzándola al suelo sin ninguna consideración.

Mildred daba la sensación de haber agotado sus escasas energías, porque quedó tendida, inmóvil, gimiendo sordamente. De pronto, Clunee sintió que las uñas de Carol se clavaban en su brazo.

—Dudley, mira —cuchicheó.

Clunee volvió los ojos y respingó. Rydeman continuaba en su butaca, completamente inmóvil, con la cabeza ladeada hacia la izquierda. En el lado derecho de la frente se veía un rojo agujero, del que manaba la sangre lentamente.

—¡Vamos a acabar con esos dos! —rugió Brook—. Echaremos sus cuerpos al lago con pesos en los pies...

Carol lanzó un grito de terror. Clunee enderezó el cuerpo.

—Burtney, en su lugar, yo procuraría salir lo mejor librado de este apuro. Puede que no le hagan gran cosa por la muerte de Rydeman, pero, si nos mata, no tendrá escapatoria posible.

El sujeto, sorprendido, volvió la mirada y lanzó una exclamación al ver a Rydeman muerto. El desconcierto se apoderó de los otros durante unos segundos.

—Serán tres los cadáveres —dijo Brook al cabo rabiosamente.

—Lo dudo mucho —sonrió Clunee, que no daba señales de sentirse amedrentado—. Mire esos focos que se acercan al barco. Yo diría que se trata de lanchas de la Policía del otro Estado.

Brook abrió la boca, con gesto estúpido. Sin dejar de sonreír, Clunee agregó:

—Cuando vinimos aquí, corté los dos cabos que amarraban el barco a las boyas que tiene ancladas en el lago. El viento sopla esta noche de este a oeste y ha movido su casino flotante, hasta traspasar los límites de ambos Estados. Creo que la Policía del otro lado le tiene muchas ganas, ¿verdad?

Traían drogas aquí, desde el otro lado de la frontera, pero nunca le habían podido echar el guante. Ahora lo harán y, además, se encontrarán con un cadáver a bordo.

Sonaron unos ligeros golpes en los costados del barco. Luego se oyeron pasos precipitados. Alguien gritó:

—¡Policía! ¡Todo el mundo quieto! ¡Nadie se mueva de donde está!

Las armas empezaron a caer al suelo. En los ojos de Brook había un resplandor de odio impotente. Tarryl se sentó en una silla y escondió la cabeza entre las manos.

Shadd intentó mostrarse desdeñoso.

—Yo no tengo nada que ver con las trapacerías de éstos —dijo.

Clunee se inclinó y ayudó a Mildred a ponerse en pie.

—Ella le acusará de secuestro —aseguró—. La pena mínima son veinte años. ¿Lo sabía?

Mildred asintió. En el rostro de Shadd se borró todo color repentinamente.

Hombres uniformados y con ropas civiles, todos armados, empezaron a entrar en el salón. Clunee sonrió una vez más.

—El final de la representación va a resultar muy agradable —dijo.

* * *

—Tienes que venir a verme. Necesito tus consejos, tu ayuda... He pasado por trances muy amargos y deseo olvidar todo. Aparte de ello, mis asuntos necesitan la dirección de una persona hábil y competente —dijo Mildred días más tarde.

—Es posible que, en un principio, me ocupe de tus asuntos, hasta que encuentre la persona capacitada para ello —respondió Clunee—. Con la Neagle Chemical tengo más que suficiente y no quiero más.

—A pesar de todo, Dudley...

—Has cumplido ya veintiséis años y sufrido una experiencia que puede servirte de mucho, si no la echas en saco roto. Tenlo presente, porque no siempre me vas a tener a mano para sacarte de apuros.

Mildred sonrió.

—De todos modos, hablaremos, Dudley —insistió ella.

Pero Clunee tenía ya sus proyectos y no pensaba renunciar a ellos. Media hora después de haberse separado de Mildred, llamaba a la puerta del apartamento de Carol.

La joven se sorprendió al verle con una caja cuadrada de cartón en las manos.

—¿Qué traes ahí? —preguntó.

—Lo sabrás enseguida —contestó él—. A propósito: Faggett ha sido arrestado, acusado de complicidad en el secuestro de Mildred. El fiscal le ha prometido una sentencia benigna, a cambio de declarar contra sus cómplices, y él ha aceptado sin pensárselo dos veces. El asesino de Norma ha sido capturado ya también y...

—Y ahora, la doncella salvada de los peligros por el valeroso caballero andante, entregará a éste su blanca mano y su fortuna, ¿no es así? —dijo Carol irónicamente.

—Te equivocas. Y lo vas a ver ahora mismo.

Clunee abrió la caja, mientras Carol le contemplaba intrigada. Dentro de la caja había un globo de cristal, que el joven puso encima de una mesa.

Luego se sentó y acercó las manos a la esfera, a la vez que empezaba a hablar.

—Una vez te dije algo sobre tu futuro. También está relacionado con el mío y lo vamos a ver ahora mismo con esta bola mágica.

—¿Eres adivino? —Respiró la joven.

Con voz campanuda, Clunee dijo:

—Veo a un hombre y una mujer, idénticos a nosotros, que se casan, son muy felices, tienen tres chiquillos y se aman hasta el fin de sus días... Carol, ven, acércate y lo verás tú también...

Ella se acercó, inclinándose hacia la bola. Clunee pasó el brazo derecho por su cintura.

—¿Lo ves? —preguntó.

Carol sonrió.

—Sí, perfectamente —sonrió—. Es el futuro que siempre deseé...

—Fuiste millonaria por un día, pero serás feliz durante toda existencia y eso vale más que todos los tesoros del mundo. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Carol se sentó en las rodillas del joven.

—Completamente de acuerdo —dijo.

FIN



9 788402 025135

11736



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.